

FBI

**QUIEREN
ASESINARME**

MORTIMER CODY



FBI



R

Título del original, en inglés:

«THEY WANT TO KILL ME»

© Mortimer Cody

Derechos reservados por:

EDITORIAL ROLLAN, S. A.

Amaro García, 17

Madrid-5. España

Número de Registro: 811-1966

Depósito Legal: M. 19.733-1967

Printed in Spain

RAFAEL F. CARASA. Impresor. José Bielsa, 6. MADRID-19

MORTIMER CODY

«Quieren asesinarme...»

EDITORIAL ROLLAN, S. A.
Amaro García, 17
Madrid-5. España

Últimas obras de MORTIMER CODY publicadas
en nuestras colecciones:

Colección U.S. MARSHAL:

Núm. 40.—Yuma prisión.

» 81.—Un «marshal» anda suelto.

Colección AGENTE FEDERAL:

Núm. 21.—Después de la traición.

» 31.—Noche de vida o muerte.

Colección RURALES DE TEXAS:

Núm. 186.—Cumple la sentencia.

» 197.—Una mancha sangrienta.

Colección F.B.I.:

Núm. 816.—La hora de los espías.

» 821.—Operación tinieblas.

» 825.—Jaque a la dama.

» 830.—Arsénico para el traidor.

Colección OESTE:

Núm. 225.—Fiero mestizo.

» 279.—Dos tumbas lejanas.

Colección EXTRA-OESTE:

Núm. 835.—Era hombre muerto.

» 844.—Un viaje al infierno.

Colección PANZER DIVISION:

Núm. 84.—Cerco de hierro.

» 90.—El odio por bandera.

Colección PATRULLA DE COMBATE:

Núm. 196.—...Y nunca mueren.

» 213.—La muerte, esa desconocida.

I

A simple vista, mirándole de espaldas, casi en el centro de su salón-biblioteca, Elmer Drake parecía, sencillamente, un hombre mimado por la vida. En todos los aspectos. Desde la punta de sus cabellos color arena hasta las punteras de sus zapatillas, todo indicaba dinero, y con ese dinero conseguía cierta elegancia. Además, estaba entre paredes caras. Buenos y abundantes libros, algunos cuadros valiosos; una alfombra enorme, gruesa; lámpara recargada; despacho clásico, confortable.

En cuanto a lo que estaba fumando, el humo azul, aromático, era suficientemente significativo.

Eso, mirándole de espaldas.

Si se le miraba de frente, cualquiera podía adivinar que algo preocupaba a Elmer Drake. Algo importante, a juzgar por cierta palidez de su rostro, la contracción de sus músculos faciales, la tensa barbilla.

No parece lógico que si alguien se prepara para matar, para asesinar, duerma tranquilamente, bajo el mismo techo que la presunta víctima. ¿Por qué no podía ser Francis su asesina? ¿Por qué no? Las cosas no iban muy bien entre él y Francis. No... Nada bien. ¿Quién era el culpable del fracaso del matrimonio? Eso era muy discutible, y ni siquiera importaba en aquellos momentos. Importaba tan sólo la posibilidad de que Francis fuese la persona que deseaba matarle.

Más tenso, con la frente húmeda de sudor, Elmer Drake salió al vestíbulo.

Miró hacia las escaleras, con los ojos muy abiertos, quizá esperando ver brotar de las sombras la lengua de fuego que le escupiría los plomos mortales.

No ocurrió nada, sin embargo, por lo cual echó a andar hacia las escaleras que conducían al piso alto, a las habitaciones. En una de aquellas habitaciones dormía, o preparaba su crimen, Francis. Otra, la ocupaba el propio Elmer Drake. Y la más grande, la que un par de años antes fue ocupada con cierta emoción por un matrimonio, estaba vacía. Y lo peor del caso era que la decisión había partido del propio Drake.

Fue subiendo; despacio, silencioso, aferrando la automática.

Francis podía estar esperándole arriba, con un estilete...

O quizá Francis esperaba otra oportunidad. Quizá le concedería unas horas más de vida. Entonces, ¿qué hacer? ¿Cómo anular la amenaza que suponía Francis? Tal vez el mejor medio fuese convivir con ella.

Convivir estrechamente con su futuro asesino...

La idea casi le hizo reír. Y pensó que debía serenarse, mostrarse cauto. Sólo evitaría su muerte si adoptaba precauciones.

Llegó al piso y echó a andar por el pasillo. Ante el cuarto de su esposa se detuvo, y miraba con tal fijeza la puerta, que parecía pretender atravesarla con la mirada. ¿Qué estaría haciendo Francis? ¿Y... y si él se adelantara...? ¿Y si él abriese aquella puerta, y matara a Francis, librándose para siempre de aquella angustia? Era también una buena solución. Pero...

No, no. ¿Y si estaba equivocado?

En sus circunstancias, no podía arriesgarse a matar a nadie, y menos en su casa.

Escuchó atentamente, acercándose un poco más a la puerta. No percibió absolutamente nada. Francis debía dormir... Y él debía serenarse; eso era, por el momento, lo más sensato que podía hacer. Siguió caminando y pasó ante el cuarto de matrimonio, vacío. Luego, tras una ligera vacilación, abrió la puerta del suyo propio.

No ocurrió nada.

Sólo se percibía el rumor de la lluvia, cayendo sobre el jardín, sobre la arenilla; sobre el techo a dos vertientes de la mansión...

No encendió la luz. Caminó hacia el ventanal, después de echar el cerrojo en la puerta de su cuarto.

Caminaba lentamente, sin ver apenas, percibiendo, a lo lejos, el resplandor de algún luminoso, entre la bruma gris-rojiza de la noche lluviosa, fría.

Separó un poco las cortinas y pegó la frente al cristal.

Fue entonces.

Le vio entonces.

Un rostro en sombras, irreconocible; una figura humana envuelta en un impermeable oscuro, brillante a causa del agua que resbalaba por encima. Y captó el gesto; captó la proximidad de su muerte. El asesino estaba allí, ya había llegado... Y, por fin, reaccionó. Reaccionó soltando un grito agudo. Luego, retrocedió dos pasos, dejándose caer de rodillas sobre la alfombra, cuando el silencio era brutalmente truncado por el estallido de cristales rotos; los dos disparos, en realidad, casi ni se oyeron. El asesino disparaba con silenciador, pero... Había fallado. Él estaba con vida, y tenía empuñada su pistola. De modo que disparó contra aquella sombra.

Aquella vez, sí resonaron estruendosamente las detonaciones.

Y los cristales del ventanal saltaban de un modo escandaloso, dejando penetrar en el confortable cuarto ráfagas de lluvia y viento.

La sombra de la ventana había desaparecido.

Tembloroso, excitado, Elmer Drake se puso en pie, y corrió hacia la ventana. Se asomó con precauciones, notando que apenas podía contener el temblor de la mano armada. El asesino se debía haber deslizado hasta el suelo. Y no se veía a nadie en el jardín. Podía estar agazapado, esperando que él asomará la cabeza...

En aquellos momentos se encendían las luces del vestíbulo, y pudo ver mucho mejor el jardín. ¡Y la sombra que huía...! Furioso, agotó el cargador contra aquella sombra, inútilmente. Su nerviosismo le impedía fijar la puntería, y, por otra parte, la visión de aquel tipo había sido fugacísima.

Alguien llamaba a su puerta.

—¡Elmer, Elmer...!

Era ella, claro: Francis.

Entonces..., no era ella su futura asesina...

—¡Elmer, abre...! ¿Qué ocurre?

Elmer Drake, un tanto relajado, cubierto de sudor, se separó de la ventana y corrió las cortinas. Luego caminó hacia el interruptor de la luz; lo pulsó y pestañeó.

—¡Elmer, responde, por favor...!

Más voces. Los criados también querían investigar lo ocurrido.

Vaya..., se preocupaban por él; incluida Francis. Curioso.

Abrió la puerta, al fin.

Silencioso, sin el menor disimulo, escrutó a los dos criados y a su esposa, quienes, a su vez, parecían sorprendidos por la extraña expresión de míster Drake, y por aquellos disparos..., por todo lo que estaba ocurriendo. Elmer Drake comprobó que nadie fingía; todo el mundo allí, incluso Francis, había estado durmiendo.

Francis dio un paso hacia su marido.

—Por favor, Elmer..., ¿qué... qué ha ocurrido? Estás lívido. Acaso te hayan herido esos disparos...

—No. No, Francis.

—Entonces...

—Alguien quiere asesinar me —musitó Drake, mirando fijamente a su mujer, y luego a los criados.

Francis se mordió el labio inferior; también estaba pálida. Era muy hermosa, y casi diez años más joven que Elmer Drake. Rubia; cabello peinado a la moda, con un flequillo sobre la pálida frente; los ojos grandes, un poco redondeados en aquellos momentos, y con el color verde de sus pupilas algo turbio a causa del sueño bruscamente turbado; la boca, sin «*rouge*», aparecía pequeña, de labios bien dibujados, con un tono rosa pálido, fresco, en su piel. Vestía un salto de cama un tanto convencional, pero allí los indiscretos podían ser los criados, y éstos ni se atrevían a mirarla.

—Quieren asesinarte..., dices, Elmer —musitó, por fin, Francis.

—Así es, querida. Así es...

—Pero..., ¿quién?

Elmer Drake, un poco más tranquilo, más seguro de sí mismo, sonrió y dijo:

—No lo sé... aún. ¿De veras dormías, Francis?

La palidez del rostro de aquella mujer era mortal.

—Elmer..., ¿insinúas que yo...? —musitaba.

—¿Por qué no? —atajó, secamente, Drake—. Responde algo verdaderamente lógico. ¿Por qué no tú?

—Pero los disparos... ¿No supondrás que disparabas contra mí y que...?

—No, no. Contra un hombre. Pero a ese hombre alguien ha podido pagarle. Y... —Miró a los criados—. ¿Qué estabais haciendo vosotros?

—Dormíamos, míster Drake —musitó el más viejo de ellos.

—De acuerdo. Volved a la cama. No ha ocurrido nada.

—Si no está herido y...

—No me ocurre absolutamente nada. Largo de aquí.

—Sí, míster Drake.

Y los dos criados marcharon escaleras abajo, dejando en el pasillo a Elmer Drake y a Francis. Ambos mirándose fijamente, estudiándose.

—Aún no has respondido a mi pregunta, Francis —susurró Drake, acercándose a su mujer.

—Nunca he pensado asesinarte, Elmer —susurró Francis.

—Sin embargo..., ¿qué existe entre nosotros?

—No lo sé. En estos momentos, no lo sé.

—Podemos descartar el amor, ¿no?

Francis miró al suelo.

—Tal vez —musitó.

Drake soltó una seca carcajada.

—¿Cómo? —Gruñó luego—. ¿No quieres admitir que no existe el amor entre nosotros? No seas estúpida, Francis. Precisamente, las mujeres sois las que entendéis más de eso. Sabes perfectamente que nuestro matrimonio ha constituido un completo fracaso. Sin duda, tienes miedo de que llegue el divorcio, y con ello la privación para ti de cierta clase de felicidad, comprada con mi dinero... Es un buen motivo.

Francis miró serenamente a aquel hombre, cuyos ojos estaban enrojecidos; algo desgredada su cabellera color arena.

—No debes hablarme así, Elmer —musitó Francis—. Yo... aceptaré tus decisiones. Siempre ha sido así, y lo sabes. Pero no es necesario que me hieras más.

—¿Herirte?

—Eso he dicho, Elmer. Me estás haciendo daño.

—¿Vas a llorar? ¿Por qué?

Una triste sonrisa apareció en los bonitos labios de Francis. Dejó que dos lágrimas rodaran por sus mejillas.

—Quizá no lo entiendas nunca, Elmer. Y... es posible que yo cometiese un error al casarme contigo. Te equivocas si crees que he conseguido una sola gota de felicidad, a pesar de... de tu dinero. No obstante, considero que no es momento oportuno para discutir nuestro futuro. Elmer..., ¿qué piensas hacer? Me refiero a ese

atentado.

Elmer Drake frunció el ceño.

—¿Te preocupa de veras? —inquirió—. ¿O sólo quieres conocer los proyectos de tu futura víctima para actuar en consecuencia?

Francis respiró hondo.

—Por favor, Elmer...

—Está bien, está bien... Estoy nervioso, y creo que es cierto que me estoy excediendo. No obstante, no pienso comunicarte mis planes. Vuelve a la cama, Francis. Y no hay nada más que discutir. Nuestro problema puede esperar, ¿comprendes?

Francis asintió con la cabeza.

Iba a marcharse, pero aún realizó una nueva intentona.

—Elmer..., parece ser que tu vida está en peligro. Ese asesino puede intentarlo de nuevo...

—Claro que reincidirá. ¿Crees que no lo he pensado? Es más: ésta no es la primera vez que intentan asesinarme. Hace apenas cuarenta y ocho horas sufrí el primer atentado. Éste es el «segundo», Francis.

—Dios mío... ¿Y no crees que yo puedo ayudarte?

—En absoluto. Déjame solo, Francis.

En silencio, Francis se volvió de espaldas y echó a andar hacia su habitación. Elmer la miró; recorrió con la vista aquella figura casi perfecta, que ni siquiera el holgado salto de cama, con su transparencia, podía disimular. La cintura estrecha, la espalda esbelta, recta; las caderas bien curvadas; las piernas largas y rectas... La nuca blanca y fina... Aquélla era su mujer; aquella mujer que había hecho circular su sangre de un modo vertiginoso, casi angustiados...

Y ella, antes de entrar, aún miró a Elmer Drake.

Comprendió su derrota y penetró en la habitación cerrando la puerta sin producir ruido alguno.

Elmer Drake, ya sólo de nuevo, escuchó unos instantes, sin percibir ruido alguno en el vestíbulo. Se metió en su cuarto y cerró con el pestillo. Lentamente, caminó hacia su mesita de noche, sobre la que dejó la pistola descargada. Tomó un paquete de cigarrillos y encendió uno, notando que sus nervios empezaban a entonarse.

Fumó, inmóvil, durante casi cinco minutos.

Luego, con una extraña sonrisa, tomó el listín telefónico y buscó

un nombre y un número. Descolgó el aparato y discó aquel número. Carraspeó.

Se acentuó su extraña sonrisa, al oír la voz:

—¿Sí...?

—¿Daniel? —musitó.

—El mismo. ¿Quién...?

Y allí, la voz se interrumpió. Se interrumpió por espacio de un minuto largo. Luego, un susurro:

—¿Tú, Elmer?

—Yo, Daniel.

—Bien...

—Comprendo tu sorpresa. Hace... mucho tiempo que no hablamos, ¿eh, Daniel? Ambos hemos olvidado que llevamos la misma sangre, y el mismo apellido. Sí..., casi olvidado. Para localizarte he tenido que recurrir al listín telefónico. ¿Cómo te va, Daniel?

—No puedo quejarme, Elmer —musitó la voz de Daniel—. ¿Y... tú?

Elmer Drake se humedeció los labios.

—Te necesito, Daniel —dijo—. Y no hace falta que digas nada. Ya sé que puedes reprocharme, con toda razón, el hecho de que sólo haya procurado localizarte por necesidad. Así es. Para que las cosas vayan bien entre nosotros hay que ser sinceros desde el primer momento.

—Comprendo eso, Elmer. ¿Qué te ocurre? —Fue la respuesta, un tanto seca, de Daniel Drake.

—¿Puedes... venir a verme Daniel? Ahora mismo. Esta noche.

—Pero...

—No discutamos por teléfono, Daniel. ¿Vienes?

Una pausa.

—Está bien, Elmer...

—Te estaré aguardando. Ni siquiera será necesario que llames. ¿Comprendido?

—Por supuesto.

—Hasta ahora, Daniel.

Y Elmer Drake colgó el teléfono. Reflexionando, tomó la pistola, la guardó en un bolsillo del batín, y luego bajó a la biblioteca. Lo que hizo para matar la espera fue recargar el arma.

II

PASA, Daniel.

Daniel Drake, silencioso, sin dejar de mirar a Elmer, penetró en la mansión. Durante unos minutos se dedicó a observar, sin recato alguno, cuanto le rodeaba, sin que su rostro expresara cualquier clase de emoción o sentimiento. Naturalmente, él, a su vez, era observado por Elmer, lo cual no le molestaba en absoluto. Lo primero, era sacar una conclusión de cómo vivía Elmer en la mansión. Y, por lo que se veía, Elmer no sólo seguía teniendo dinero, sino que lo aumentaba.

Y se notaba en el aspecto personal de su hermano también.

En cambio, a Daniel era difícil confundirle con un hombre rico. Su abrigo oscuro tenía dos temporadas, y su traje, si bien correcto, bien cortado, no podía competir en elegancia con los de Elmer. A Daniel, sin embargo, nadie se hubiese atrevido a calificarle por su vestuario.

Daniel Drake era algo más que un cuerpo vestido. Daniel era un rostro casi cuadrado, curtido, enérgico; sus movimientos eran tranquilos; plenos de flexibilidad. Era fuerte, bastante alto; a sus treinta y dos años, mostraba algunas canas que parecían querer desmentir su juventud.

Por fin, Daniel miró a su hermano.

—¿Y bien? —inquirió.

—Ya te dije que te necesito.

—Nada de esto parece indicarlo, Elmer. Por lo que veo, estás prosperando incesantemente.

—En el aspecto económico, así es.

—Es evidente... Viendo todo esto, y a ti mismo, parece claro que no me necesitas en ese aspecto.

—Claro que no, Daniel.

—De acuerdo... Tú dirás.

—¿No prefieres hablar cómodo y bebiendo buen *whisky*?

Daniel asintió con la cabeza.

—¿Por qué no? —dijo.

—Sígueme.

Pasaron a la biblioteca. Elmer mostró un confortable sillón a Daniel, quien se sentó, en silencio, mientras Elmer preparaba sendos *whiskies*. Regresó con ellos junto a Daniel y se sentó frente a él.

Bebieron un poco, y aún con el vaso a la altura de los labios, y espiando los ojos de su hermano, Elmer musitó:

—Quieren asesinarme. Lo han intentado dos veces en cuarenta y ocho horas.

Daniel no apartó en momento alguno su mirada de la de Elmer. Su rostro cuadrado permanecía inexpresivo, inmóvil; ni un gesto.

—Quieren asesinarte... Lo sorprendente sería lo contrario, Elmer —dijo, por fin—. Eso ocurre cuando uno se equivoca al elegir su camino. Es tu caso, sin duda. Me appena oírte llamar «gángster», Elmer. Por infinidad de razones, la mayoría de las cuales comprendes perfectamente, y no vamos a tratar ahora.

—Bien..., no discutamos eso ahora. Te ruego, no obstante, que ahorres reproches. Yo..., difícilmente, puedo dejar de ser lo que soy, Daniel, si bien mis asuntos ilegales son cada día menos importantes. En el transcurso de los años, pocos, espero, todos mis negocios serán total y absolutamente legales; perfectamente honrados. Eso..., opino, debe herir algunos intereses, y, como consecuencia, quieren eliminarme.

Daniel asintió con la cabeza.

—¿Tienes alguna sospecha sobre la identidad del presunto asesino? —inquirió.

—No...

—¿Vacilas?

—Sospechas... Bien, no. No, Daniel, Ni idea.

—¿Cómo ocurrieron los atentados?

—En el primero, trataron de alcanzarme con un coche. El segundo se ha producido aquí, esta noche, y han disparado dos veces contra mí. Me estaba esperando un hombre en la ventana. Bien..., supongo que no acertó porque al verme se sorprendió tanto

como yo, por lo cual deduzco que el tipo acababa de apostarse en la ventana; llegó a una hora en que, lógicamente, yo debería estar durmiendo. Pero, el miedo que quita el sueño, Daniel. Y eso me ha salvado la vida esta noche.

—Comprendo. ¿No podrías dar datos sobre...?

—No. Lo siento, claro que lo siento... Pero me resultaría poco menos que imposible dar algún dato valioso. Primero, el coche lo vi sólo cuando estaba a unas yardas de mí. En cuanto al tipo que me atacó esta noche, apenas vi más que sombras. Quiero decirte algo más: es posible que esté equivocado, y estos atentados no obedezcan a mis negocios. Por ejemplo..., hablemos de Francis.

—¿Qué ocurre con ella, Elmer?

Elmer se encogió de hombros.

—No sé... Creo que ambos nos equivocamos al casarnos. Eso ocurre fácilmente, y cada día, además.

—De acuerdo en eso... No obstante, hace falta algo más sólido que unas simples desavenencias matrimoniales para que la propia esposa quiera asesinarle a uno. O sea: aparte de tus negocios, sólo puedes sospechar de Francis, sin que, además, existan motivos bien fundados.

Elmer se pasó una mano por la frente.

—Exacto —musitó—. Lo único verdaderamente cierto de todo esto es que tengo miedo, Daniel. Ya... lo han intentado dos veces, ¿comprendes? ¿Por qué pensar que también fallarán a la tercera?

—Es curioso... —musitó Daniel—. No es corriente que entre vosotros, entre «gangsters», salgan las cosas tan mal. ¿Os estáis ablandando todos, Elmer? ¿No os sienta bien el guante blanco?

—Mira, Daniel...

—Déjalo. Tú, entonces, me has llamado para que te ayude.

—Sí.

—¿Y cómo?

—Eso es cosa tuya... Un «gángster», tu hermano, te pide protección.

—Es tanto como pedirle protección al
F. B. I.

—No... No quisiera eso, Daniel...

Daniel Drake arqueó una ceja.

—¿Mi protección personal, entonces? —inquirió.

—Espera... Espera, Daniel. Tú ya sabes que a los hombres como yo nos disgusta que la Policía, el

F. B. I.,

en especial, meta las narices en nuestros asuntos. Yo podría solucionar el problema alquilando media docena de pistoleros, de guardaespaldas, que me protegerían eficazmente, sin la menor duda. Pero, fíjate bien: eso sería reanudar relaciones que he abandonado ya. Te dije que dentro de un tiempo, todo lo mío será honrado. Por tanto, no quiero descender de nuevo, buscando pistoleros que, si bien me salvarían, me dejarían con la responsabilidad de nuevos crímenes. Por lo menos, uno: el del tipo que quiere matarme. Y no lo deseo, Daniel. Debo desligarme definitivamente de todo eso. Un hombre del

F. B. I.,

puede hacer mejor las cosas, y máxime si ese hombre eres tú. He oído hablar de ti, Daniel.

Daniel sonrió torcidamente.

—Pues no lo parece —dijo—. De ser cierto, deberías haberte ahorrado el hablar así, con cierta proposición...

—No, no... No lo interpretes mal, Daniel. Es cierto que no deseo la intervención del

F. B. I.,

en bloque. Recorro a ti como hermano. Tú puedes actuar con toda la autoridad de agente del...

—Inspector. Inspector del

F. B. I.,

Elmer —musitó Daniel.

—Vaya... Me alegro. Me alegro muy de veras, Daniel. Es magnífico, muchacho...

—Opino lo mismo —dijo Daniel—. Y..., dime: ¿pensabas también pagar mis servicios de protección?

—No. No empecemos, Daniel... Tú me ayudarás por obligación.

—Muy listo. Pero yo soy el

F. B. I.,

Elmer. ¿Crees que si me quedo a tu lado no trataré, como sea, de bucear, de hurgar en tus asuntos? Eres interesante para el

F. B. I.,

y lo sabes. A pesar de eso, buscas la protección de tu hermano...,

del

F. B. I.

Es curioso..., y eso, dejando a un lado a Francis, creo que te ocurre por querer rehabilitar tus negocios. ¿No me temes, Elmer? Sabes que no tendría miramiento alguno contigo. Primero, es el

F. B. I.

Y me estás brindando la gran oportunidad de hundir a Elmer Drake, a ti mismo.

—No es tan fácil, Daniel —sonrió Elmer—. Oh..., pienso que debimos unirnos cuando yo llegué de Guatemala, con mucho dinero... Te hice unas proposiciones lógicas, como hermanos; quería que participaras de mi suerte, y hasta me pegaste. ¿Recuerdas? Tienes los puños duros, Daniel. Casi tanto como la cabeza. En fin... Me pegaste, digo, y ya casi ni nos hemos vuelto a ver... Yo, ahora, tengo miedo a un asesino, y recurro a mi hermano, pese a ser del

F. B. I.

Te digo que la mayoría de mis negocios, ya actualmente, son más limpios de lo que vosotros sospecháis. ¿No he hecho bien en confiar en ti?

—Eso se verá, Elmer. Yo no estaría muy seguro.

—Bueno...

—Vayamos al grano, Elmer. Tus negocios, sucios o limpios, están, al parecer, provocando una reacción de otros «gangsters», u otro.

—Así es.

—Y ni siquiera puedes señalarme a un sospechoso.

Daniel rió breve, irónicamente, y dijo:

—Sería largo de enumerar ahora a mis mejores amigos.

—Entiendo. Es cierto que un falso buen amigo puede ser tu peor enemigo. No has conseguido grandes amigos de verdad, ¿eh?

—Es difícil. ¿Y tú?

—Te asombrarías, Elmer, si supieras la cantidad y calidad de mis amigos —dijo Daniel—. Pero estábamos hablando de los tuyos. ¿Cómo puedo llegar a conocerlos? Sin duda, de aquí saldrá algo sustancioso para el F. B. I..., siempre y cuando me introduzcas de lleno en la esfera de los forajidos de guante blanco..., como espero.

—A mí, por supuesto, no me importa lo que ocurra con los

demás.

—Tienes tanto miedo, que incluso no te importa convertirte en un soplón..., o algo así; vas a dar al

F. B. I.,

muchas facilidades para meterse con tu grupo. ¿Sigues estando dispuesto a ponerme en contacto con todos ellos, para evitar que te asesinen?

—Sí.

—Quiero conocerlos entonces. A todos.

—Pensaré algo, Daniel. No quiero que sepan que eres policía... Algunos de esos amigos están descartados de antemano, puesto que son gente honrada, y desconocen la segunda fase de mis asuntos. Los otros, en cambio... Ya pensaré el medio de introducirte entre ellos. Y si el

F. B. I.,

caza algo interesante, mejor para vosotros.

Daniel se puso en pie.

—Lo dicho: eres repugnante. Por salvar la vida, vas a hundir a los demás. Me parece bien como inspector del

F. B. I.,

pero me da asco como hombre.

—Oh, Daniel... Tengo que luchar, ¿no?

—Sí... Claro que sí. Pero piensa que uno de los que caiga puedes ser tú mismo. Trataré de salvarte la vida, pero no te garantizo nada más. Yo haré uso, contra ti, de cualquier cosa ilegal que descubra y consiga pruebas. Supongo que estás tan seguro de ti mismo en ese aspecto, porque tus negocios sucios estarán bien camuflados. Pero..., si has oído hablar de mí, procura tenerme en cuenta en todo momento. La ayuda que voy a prestarte para salvar tu vida, será un arma de dos filos contra ti mismo.

—Lo sabía cuándo te llamé.

—Y no me temes. De acuerdo, espero noticias tuyas.

—Te llamaré por teléfono a tu apartamento.

—Es más fácil que me encuentres en la Delegación.

—Ya...

—Procura dormir esta noche, Elmer.

—Dormiré. Ya estoy más tranquilo.

Daniel, tras mirarle unos instantes en silencio, echó a andar

hacia la salida de la biblioteca. Al abrir la puerta, casi tropezó con Francis, la hermosa rubia esposa de Elmer. Estaba pálida, parecía haber estado escuchando bastante rato.

—Daniel... —musitó ella, turbada.

—Buenas noches, Francis.

—Espera...

Daniel, que iba a pasar de largo, se detuvo.

—¿De veras ayudarás a Elmer? —inquirió Francis.

Daniel arqueó una ceja.

—En opinión de Elmer, eso no debe interesarte gran cosa.

Francis se mordió el labio inferior; inclinó la cabeza. Luego musitó:

—¿Y si Elmer estuviera equivocado?

Daniel, un tanto ceñudo, puso dos dedos debajo de la barbilla de Francis, obligándole a alzar la cabeza. La miró a los ojos, sin que Francis tratara de rehuir la recta mirada gris de aquel hombre. Y, de un modo paulatino, Daniel fue comprendiendo la verdad; la verdad que estaba clarísima en los serenos ojos verdes de Francis. La soltó y miró a su hermano, que estaba allí, en pie, mostrándose algo irónico.

Daniel no hizo el menor comentario.

—¿No respondes, Daniel? —musitó Francis.

—Bien... Trata de convencerle a él, Francis —murmuró—. Buenas noches.

Y se largó de allí, un tanto inquieto.

Un tanto asqueado de aquella fiesta, y pensando que era muy poco probable que a Elmer le atacaran a plena luz de las lámparas del salón, y en presencia de una treintena de personas, Daniel abandonó la sala, buscando un poco de frío y atmósfera limpia en el jardín un tanto esquelético en pleno invierno.

Fumaba un cigarrillo y caminó, rodeando la casa. Vio la piscina y contempló unos instantes el agua, cuya superficie estaba atestada de hojas de árboles.

Intentaba reflexionar sobre lo que había visto aquella noche en el salón de la mansión de Elmer. Verdaderamente, su conocimiento de aquella gente era muy superficial, apenas una simple presentación como Sterling Norton. Y nadie le había hecho mayor caso. Él había tratado de estudiar a aquella gente, sin conseguir

gran cosa, si bien llegó a una conclusión: Elmer estaba en lo cierto. Cualquiera de aquellos tipos era capaz de matar. Gente, dura, hampones de guante blanco; gente a la que la vida había dotado de algo especial para sentir una total indiferencia para cuanto no fuese su propio interés.

Por tanto, se podía pensar también que Elmer se había equivocado al señalar, del modo convenido, a los tres o cuatro tipos de los que se podía sospechar. Recordaba los apellidos... Gilchrist, Heywood, Dolphin y Coward... Y unos apellidos, generalmente, no indican nada, a menos que en los archivos de la Policía consten antecedentes. Y aun así, unos antecedentes pueden decir muy poco.

Bien... Lo más práctico sería regresar, y abrir los ojos.

Arrojó la colilla a la piscina y se volvió.

Lo primera que vio fue una luminosa sonrisa en labios de una joven que poco antes estaba tirada en un sillón, muerta de aburrimiento, puesto que los Drake no contaban en su discoteca con grabaciones de Brenda Lee.

—Le he seguido —dijo la muchacha, sin perder la sonrisa.

—¿De veras?

—Me aburría. A los veinte años, esta clase de fiestas carecen de aliciente. Carecen de dinamismo, de ritmo. ¿Opina como yo?

—Bien...

—Estoy segura de que así es. De otro modo, ¿por qué abandonar el salón?

—De acuerdo. Opino como usted.

—Me llamo Vivían.

—¿Y cree que podemos hacer algo mejor fuera del salón, Vivían?

—¿Por qué no? No me diga que carece de imaginación para divertirse, señor Norton. Por ejemplo..., ¿tiene coche?

—Sí...

—¿Conoce a Gilchrist? Oh, claro que sí... Les han presentado en la fiesta. Pues bien: James Gilchrist es mi novio. Tiene cuarenta años, poco pelo, una repugnante panza, y baila como un elefante. Además de eso, es celoso hasta la ridiculez, y ya he pensado algo para divertirnos.

Daniel sonrió levemente. No dudaba en absoluto que cualquiera podía divertirse con aquella chica, con Vivían. Era una morena

vivaz, bonita, y el brillo de sus ojos podía ser debido a algo más que a sus veinte años; quizá un poco de champaña de más, pero no se la podía culpar por ello.

—No dice nada... Podemos largarnos a la calle Cuarenta y Dos, y estoy segura de que durante un par de horas, James Gilchrist no notará mi ausencia.

—Pues lo siento, pero...

—Oh, está bien, está bien... Pero hagamos algo. Lo que sea.

—No se me ocurre nada, Vivian. Me temo que, en efecto, tengo muy poca imaginación para divertirme.

Vivian entornó levemente los ojos. Respiró hondo, y Daniel, por unos instantes, quedó en suspenso, sin poder evitar mirar aquel busto joven, tenso bajo el vestido. Ella sonreía cuando musitó:

—A veces, ni siquiera hace falta imaginación, señor Norton.

—Muy cierto. Pero un novio celoso es siempre un peligro.

—Entonces, tiene miedo.

—Un poco, sí.

Vivian se había acercado más a él; hasta el punto de que el perfume de la joven morena llegaba con cierta intensidad al olfato del policía, quien empezó a inquietarse. Había oído decir que las morenas son más temperamentales que las rubias, por ejemplo.

—Haga algo, señor Norton...

Fue un susurro. Vio los labios entreabiertos, el brillo de los blanquísimos dientes. Los ojos un poco velados en aquel momento... Y la besó, aumentando la intensidad del beso a la medida de Vivian, pegada con fuerza a él. Cuando se separaron, Vivian, como asombrada, completamente aturdida, le miraba a los ojos. Casi un minuto en silencio, maravillada. Luego musitó:

—Ahora soy yo la que tiene miedo... Creo... creo que lo mejor será regresar al salón, señor Norton...

Daniel sonrió, sin comentarios.

III

Y A se sabe lo que ocurre. Primero, la fiesta es una cosa fría y sosa. Los hombres dedican sus preferencias a conversar de negocios, sucios o limpios, y beben moderadamente, mientras la música es algo estúpido y sin interés. La cosa empieza a cambiar cuando las damas, por notar sobre sí el peso del aburrimiento, la toman con el champaña, o el *whisky*, o el coñac, o lo que haya a mano. A partir de este momento, todo empieza a cambiar, sin que los hombres se den cuenta. Sencillamente, se ven arrastrados por el optimismo alcohólico de las respectivas parejas.

Así es cómo se anima una fiesta, cuando los asistentes han dejado atrás la edad juvenil. Un poquito de alcohol, algunas risas estúpidas, cierta clase de miradas, la música más fuerte, haciendo imposible que la conversación sea audible...

Así empieza.

A la una de la madrugada todo el mundo bailaba. Casi sin excepción, las parejas se arrullaban, y, como suele ocurrir, alguna de aquellas parejas sentaba un precedente sin que, por cierto, nadie les hiciera demasiado caso.

Así, por ejemplo, Daniel Drake, apoyado con un codo en el bar del salón, contemplaba las evoluciones de Vivían con el calvo, gordo y celoso James Gilchrist. Además, de vez en cuando, la mirada de Vivían quedaba fija en los ojos de Daniel. Éste, por su parte, empezaba a creer que aquélla era una manera lastimosa de perder el tiempo. ¿Qué diablos iba a conseguir con sólo mirar a la gente?

Incluso Elmer bailaba con su mujer. Parecía la fiesta de la paz.

Claro que la cosa se animó un tanto cuando al terminar la pieza musical Elmer Drake fue hacia el bar, con Francis detrás de él. Con

una sonrisa cínica, burlona, Elmer Drake llenó su copa de champaña y la alzó en alto.

—¡Un momento! —gritó.

Todos los asistentes le miraban. Drake era el anfitrión, y, además, parecía que la cosa iba por buen camino; un brindis significa, por lo menos, otra copa de champaña. Y hubo risas y silbidos, cuando Elmer Drake anunció:

—Un brindis, amigos.

Copas, más risas, más silbidos. Daniel Drake, con su copa en la mano, trataba de adivinar lo que Elmer se proponía. Por fin, cuando imperó un relativo silencio, Elmer dijo:

—Brindemos por mi asesino.

Hubo unos instantes de silencio.

La primera voz, un tanto quebrada, que fue audible, correspondía a Francis.

—Por favor, Elmer, no comprendo...

—¡He dicho que brindo por mi asesino! —estalló Elmer.

Los concurrentes a la fiesta empezaron a rodearle. Uno de los más ceñudos era el tal John Heywood, un tipo de casi cincuenta años, que había llegado a la fiesta haciendo ostentación de una pelirroja verdaderamente sensacional, que en aquellos momentos trataba de mantener los ojos abiertos.

—¿Qué significa esto, Elmer? —Gruñó Heywood—. Como broma, es bastante estúpida.

—Broma, ¿eh? Me gustaría saber quién de vosotros ha intentado asesinarme por dos veces. Yo sé positivamente que aquí, en este salón, bebiéndose mi champaña, sonriéndome y mirando a mi mujer, está el hombre que quiere asesinarme.

Ya no había ni sonrisas en la reunión.

Heywood miraba con fijeza a Elmer Drake.

—¿Estás seguro de lo que dices, Elmer? Reflexiona. Has dicho que entre nosotros hay un asesino.

—Así es, John. Incluso podrías ser tú.

—Pero..., no comprendo qué pretendes con eso, Elmer...

—¿No? Pues es sencillo. Quiero poner nervioso a quienquiera de vosotros que sea ese hombre. Quiero que sepa que no me dejaré sorprender. ¿Te parece mal mi idea, John?

—No sé.

—Yo la considero magnífica. Es posible que aun así el asesino insista, y tenga más suerte que las dos veces anteriores. Puede matarme tranquilamente en cualquier momento. Lo sé. No obstante, quiero que sepa que asesinar me no le reportará beneficio alguno. No sé por qué motivo desea librarse de mí. Yo le propongo ahora que se ponga en contacto conmigo, y hablemos. Tal vez no acepte. Y tal vez me mate. No llegará muy lejos. Es uno de vosotros, y siendo quince hombres, no son demasiados para resistir una investigación policial en regla. Pero, sobre todo, me interesa que sepa que estoy dispuesto a oírle.

La fiesta estaba estropeada.

Lo que ocurrió en el minuto siguiente es fácil de explicar: los hombres se miraban entre sí, inquietos, desasosegados. Si aquello era cierto, tal vez el asesino, por razones desconocidas, no se conformará tan sólo con matar a Elmer Drake.

—Estaré esta noche aguardando su llamada —siguió Elmer. A estas alturas, y entre nosotros, el asesinato me parece estúpido. El asesino tiene varias horas para reflexionar.

Murmullos.

Las mujeres iban dejando sus copas. El alcohol no servía de nada en aquellos momentos, cuando los hombres empezaban a reaccionar. El primero, el que abrió el fuego, fue un sorprendido hombre de negocios limpios, que fue hacia el bar para dejar su copa. Luego, dijo:

—Todo esto es inconcebible. Lo siento, Drake, pero creo que lo más oportuno es que me retire.

—Buenas noches, Stoneman —dijo, sencillamente, Elmer.

Y así, en silencio, fue desfilando la concurrencia.

Los últimos en salir fueron los más íntimos amigos de Elmer, los hampones de guante blanco, que no perdonaban la jugada a Elmer. Por lo menos, así lo hizo constar el propio Heywood, mientras Gilchrist, irónico, sólo decía:

—Cuídate, Drake. Y, por mi parte, te aseguro que como broma no me ha parecido mal. Debo tener sentido del humor, ¿no?

—Seguro, James. Buenas noches.

Hasta quedar a solas con Francis, y el silencioso Daniel Drake.

Fue entonces cuando Elmer se echó a reír. Miró a Daniel, e inquirió:

—¿Qué te ha parecido, Daniel?

—De un cinismo absurdo.

—Quizá no lo sea tanto. Por lo menos, creo que he conseguido detener por unas horas, o días, la mano del asesino. Y es posible que me llame por teléfono. Yo les conozco a todos mejor que tú, Daniel.

—No lo dudo, pero lo único que has conseguido es ponerte en evidencia. En cierto modo, hubiera sido preferible que el asesino insistiera, de modo que hubiésemos trabado contacto inmediato con él. Nadie sabe lo que ocurrió ahora.

Elmer se encogió de hombros.

—He reflexionado —murmuró—. Y estoy completamente seguro de que mi vida será muy corta. Yo..., he querido brindarte un tanto por ciento de probabilidades para que atrapes a mi asesino, Daniel. De no haber trabado conocimiento con ellos, jamás le hubieses encontrado. Dispones ya de unos hombres y unos hechos para trabajar. Y..., si me matan, tendrás de quién comprobar coartadas. ¿Sigue pareciéndote mal?

—Ahora me parece deprimente, tétrico, Elmer.

—Sí... No sé... ¿Has tenido alguna vez un presentimiento?

—Por supuesto.

—En este caso, comprende que no puedo evitarlo. La idea de que voy a morir es algo que en estos momentos forma parte de mí mismo. En fin..., creo que lo que debería hacer es descansar; dormir. Y si el asesino me despierta con el teléfono, empezaré a creer en mi buena estrella. Tú puedes quedarte, Daniel...

—No, no. Por lo menos, si no lo consideras imprescindible.

—Ya no, Daniel. Estoy tranquilo. Sé que atraparás a mi asesino.

—Bien...

Y Elmer Drake dejó el salón, dejando solos a Daniel y a Francis. Ésta suspiró con fuerza y musitó:

—Dios mío... ¿Crees que el miedo le ha vuelto loco, Daniel?

—No... No es eso. Ha lanzado un reto, sencillamente. De todos modos, es innegable que tiene mucho miedo, y que esta actitud favorece la actuación del

F. B. I.

Espero que el

F. B. I.,

obtenga grandes beneficios de esto. Elmer no se comporta

noblemente con sus amigos.

—Sólo te interesa lo que el

F. B. I.,
pueda...

—No, no... Quiero, si es posible, salvar la vida a Elmer. La segunda parte es muy distinta, Francis. Hay aquí por lo menos cuatro hombres cuya detención es muy interesante para el

F. B. I.

Yo debo tenerlo en cuenta; es mi obligación. Por eso ayudo a Elmer. Por eso, y por su vida.

—Bien... Mientras no le maten...

Daniel la miró con fijeza.

—¿Le amas mucho? —inquirió.

—Elmer está ciego —dijo, con amargura, Francis—. Y quizá, no obstante, no toda la culpa sea suya. Yo no debí permitir que llegáramos incluso al extremo de separar nuestras habitaciones; ha sido el medio más seguro de perderle definitivamente. Pero..., tú te has dado cuenta: le amo con todas mis fuerzas, Daniel. Y..., no quiere verlo, entenderlo. Si pudiera convencerle, mañana mismo abandonaríamos Nueva York y viviríamos en cualquier sitio, no importa; cualquiera es bueno...

—Lo siento, Francis... Pero creo que pudiste hacer algo por él.

—Es bueno... Es bueno, Daniel... Pero excesivamente ambicioso, inconsciente a veces...

—Déjalo, Francis. Es deprimente, pero tengo que decirte que mi hermano no es mejor que Heywood o Gilchrist, o Coward, o Dolphin, de quienes sospecha, fundadamente, sin duda, con más fuerza. No es mejor que ellos, y eso es lo que lamento.

—No he sabido hacer las cosas, ¿verdad, Daniel? —musitó ella.

—No lo sé. Se me escapa ese problema. Por tanto, te sugiero que trates de descansar.

—Lo intentaré...

Entonces, lentamente, reflexionando, Daniel abandonó el salón y la mansión de su hermano. Poco después, estaba frente al volante de su pequeño «Austin», que enfiló hacia el sur de Manhattan.

Ya estaba en la cama, con la lamparilla de la mesita de noche encendida, y una revista entre las manos, aunque era incapaz de

leer una sola letra. Había tratado de tranquilizarse, pero no lo conseguía: la imagen de la muerte no debe ser en absoluto agradable. Y posiblemente aquella imagen era lo que mantenía muy abiertos los ojos de Elmer Drake.

Había oído todos los ruidos producidos por los criados y por su mujer cuando atravesó el pasillo, vacilando ante su puerta, y ya el silencio, a excepción de la lluvia, que no dejaba de caer desde dos días antes, era el dueño de la mansión.

El silencio.

Y quizá la muerte.

Elmer Drake apagó la luz, pero seguía siendo imposible conciliar el sueño. Y en aquella absoluta oscuridad era cuando cobraba más fuerza su miedo, sus ideas desquiciadas. De modo que volvió a encenderla y se colocó un cigarrillo entre los labios. Prendió fuego y fumó ansiosamente durante un minuto.

La lluvia y el viento gemían contra el ventanal, con las roturas del cristal ya solucionadas mediante un simple cambio.

Luego, sus pensamientos le hicieron sudar.

Si pudiera averiguar cuál de sus amigos era... Tenía que ser un amigo. Un desconocido no mata a otro desconocido, a menos que sea un loco homicida. Y no existía razón alguna para que Elmer, creyera que su caso entraba en esa parte de la psicología criminal.

De súbito, el sudor arreció en la frente de Elmer Drake; se heló su sangre, cuando el teléfono que había sobre la mesita de noche empezó a desgranar su estridente aviso.

Como hipnotizado, con los ojos desmesuradamente abiertos, Elmer miraba el aparato telefónico, cuyo timbre resultaba ya algo insoportable. Por fin, con mano temblorosa, Elmer lo tomó. Se pegó el auricular al oído y musitó:

—Elmer Drake.

—Buena jugada, Elmer.

Drake tragó saliva. La voz sonaba desfigurada; no consiguió reconocerla.

—¿Quién eres? —musitó.

—¿No me estabas esperando?

—Está bien... Di lo que sea.

—Es breve: vas a morir, Elmer.

—Espera..., creo que te he reconocido. Tú... tú eres John

Heywood. Tú, puerco... —jadeó Elmer—. ¿Cómo esperas conseguir matarme? ¿Y por qué, imbécil? ¿Por qué? Oh, ya sé que vas a dejar de ganar medio millón si yo no me embarco en tu negocio de sedas y piedras preciosas de China continental, pero ya conoces mi opinión al respecto. Pero no seas imbécil, John... Te cazarán, en el supuesto de que consigas matarme. Por otra parte, ¿qué beneficio te reporto yo muerto? Responde a eso, vamos. Ninguno. ¿O crees poder intervenir en mis asuntos si yo desaparezco?

—Hablas mucho, Elmer.

—Lo justo. Bien..., puesto que me has llamado, estás dispuesto a pactar conmigo, ¿no es eso?

—No, Elmer. Sólo quiero que mueras.

—Pero ¿por qué, estúpido? —aulló Elmer, sudoroso.

—Tú has lanzado un reto y yo lo recojo.

—Sé sensato, John... Mi muerte no representa nada para ti, excepto serias complicaciones.

—Tal vez.

—Está bien, está bien..., realizaré ese negocio.

Se oyó una apagada risa al otro lado del hilo.

—Estás completamente acobardado, Elmer.

—Se trata de mi vida, ¿no?

—Oh, claro...

—¿Y bien? ¿Aceptas? Realizo ese negocio.

Se oyó otra vez la risa.

—No habrá negocios, Elmer. Repito: recojo el reto que has lanzado y voy a matarte. Quizá esta misma noche.

—Estás loco, John. ¿Cómo diablos vas a hacer eso? Tan pronto colguemos el teléfono, llamaré a la Policía. Estaré protegido, y lo sabes. Tus palabras suenan a bufonada, a una broma estúpida, de mal gusto. Yo diré a todo el mundo quién es John Heywood si intentas algo contra mí. Reflexiona, John. Te conviene que sigamos siendo amigos. Por mi parte, estoy dispuesto a olvidar esto.

—Mejor que no lo olvides, Elmer.

—Oye, no...

¡Clic!

Elmer, furioso, miró el aparato. John había colgado.

Luego, Drake colgó también, con el ceño fruncido. John estaba loco, por supuesto. Y ya..., ¿de qué diablos tener miedo? John, por

muy loco que estuviera, no intentaría nada. Seguro que a la mañana siguiente le volvería a llamar, y reirían la broma. Claro que sí...

En aquel momento se abrió la puerta del cuarto de Elmer. Y apareció Francis, un poco pálida. Se metió en la habitación, cerró la puerta y avanzó hacia su marido.

—¿Qué ocurre? —Fue el recibimiento de Elmer.

—Lo oí todo... por el supletorio, Elmer —musitó Francis.

—¿De veras?

—Sí, sí... ¿Crees que John lo intentará de nuevo?

Elmer se encogió de hombros.

—En absoluto —gruñó.

—Sin embargo...

—Sin embargo, nada, Francis. Lárgate. ¿Sabes?, de pronto me siento bastante más seguro de mí mismo. Cuando uno sabe a qué atenerse, se puede pensar y actuar en consecuencia. Y yo ya lo sé.

Francis se mordió el labio inferior.

—Elmer..., ¿no me necesitas para nada? —musitó, luego, mirando a su marido a los ojos.

Elmer esbozó una torcida sonrisa.

Examinó detenidamente a Francis. Verdaderamente, ocurrían cosas raras. ¿Por qué diablos él ya no podía sentir nada hacia aquella mujer? ¿Y por qué ella se empeñaba en lo contrario? Y estaba muy hermosa. Francis estaba en plenitud de belleza; cuando sus formas podían provocar, simplemente con un sabio ceñido..., o con un sabio suelto, como aquella noche. Y allí, en el cuarto de Elmer, empezaba a respirarse el perfume de Francis, su juventud; en los ojos de aquella mujer brillaba una luz anhelante.

—¿Para nada, Elmer? —susurró, acercándose más a su marido.

—Vete, Francis —gruñó Drake—. Déjame solo. Lo nuestro se resolverá a su debido tiempo.

Francis inclinó la cabeza.

Otra vez la derrota...

Y ella amaba a aquel hombre ciego y estúpido... ¿Por qué? ¿Por qué ocurrían así las cosas?

—Como quieras, Elmer —musitó.

Y se dirigió hacia la salida, lentamente, con la esperanza de oír aún la llamada de su esposo.

No.

Salió de la habitación, hundida.

Y Elmer respiró con fuerza; aún olía a Francis. Y, probablemente, hasta que se durmiera, aquel perfume acariciaría su pituitaria.

¡Al diablo!

Tenía que pensar sobre aquello. Debía existir una forma de anular a John, sin tener que dar explicaciones. Por supuesto, no era la primera vez que le interesaba librarse de alguien. Y si en otras ocasiones le había salido bien, ¿por qué no en aquella? Claro está, debía hacer las cosas con infinito cuidado, dada la actuación de Daniel. Bien... Quizá no debió avisarle. Quizá no.

IV

ERA una figura que se movía con extraña agilidad y seguridad de movimientos. Había trepado fácilmente por unas enredaderas, hasta que su cabeza pudo asomar por la entornada ventana de la cocina de la mansión. Apenas veía, pero la oscuridad y silencio de la cocina eran lo suficientemente significativos. No había nadie. Podía saltar sin el menor tropiezo al interior de la mansión.

Y lo hizo. Siempre en silencio, con agilidad. Aguardó unos segundos, escuchando. Luego caminó hacia la puerta. Salió de la cocina y, conociendo el terreno, lo demás resultaba fácil. Bastaba deslizarse por el pasillo, cruzando frente a las habitaciones de los criados, y luego subir al piso. Se había habituado al rumor de la lluvia, y era capaz de descubrir cualquier rumor distinto. De todos modos, lo único perceptible era el zumbido del motor de algún coche que cruzaba por Drickmon Avenue, hacia el centro de Manhattan.

Peldaño a peldaño, sin precipitaciones.

Un fallo convertiría aquella situación en algo muy difícil.

Por fin se encontró frente a la puerta del cuarto de Elmer.

Apoyó una mano enguantada en el pestillo exterior y empezó a girar, lentamente, tensos los nervios, hasta que pudo empujar la puerta.

Luego, al interior.

Bien... Elmer Drake dormía. Se acercó al lecho.

Drake estaba de costado, y descubierto desde medio tronco hacia arriba.

La sombra vaciló un brevísimo instante, antes de dejar brillar un largo, fino y silencioso estilete, cuya punta apoyó con cuidado bajo la tetilla izquierda de Drake. Luego, con la mano izquierda, y

mientras presionaba, amordazó la boca de Drake, quien sufrió un par de espasmos, despertando un segundo antes de morir.

Había abierto los ojos desmesuradamente; sus pupilas giraron de un modo alocado, para luego quedar quietas. Su cabeza, que mediante un espasmo se había separado de la almohada, cayó, sin fuerzas. Y allí, en su pecho, ensartando el corazón, se veía el estilete.

La sombra permaneció unos segundos contemplando su obra. Luego, siempre con agilidad y en silencio, regresó junto a la puerta, prestando oído antes de salir al pasillo.

Fue cuestión de dos minutos el hallarse en la cocina. Luego, a la calle, por la parte trasera de la mansión. Atravesó corriendo el jardín y luego salió a la avenida, en busca de un coche detenido en una esquina. Poco más tarde, hasta el zumbido del motor del coche había desaparecido.

Lo más deprimente allí era el llanto de Francis. Silencioso, hondo, incontenible.

Estaba sentada en un sillón y apenas podía responder a las preguntas rápidas y secas de Daniel Drake. No obstante, de un modo entrecortado, explicó la conversación de aquella madrugada entre su marido y John Heywood.

—... ha sido él. ¡Ha sido él...! —sollozó.

—Está bien, Francis. Cálmate. ¿A qué hora tuvo lugar esa llamada telefónica?

—Serían las dos y media.

—Está bien. El forense dictaminará la hora en que murió Elmer. Por supuesto, John Heywood tendrá que responder a infinidad de preguntas. Yo..., lo siento, Francis. Es cierto que Elmer y yo no nos queríamos mucho, pero..., me gustaba creer que por fin algún día iba a convertirse en un hombre honrado. Pero..., no es tan fácil. De modo que ese Heywood realiza negocios de contrabando con sedas y piedras preciosas procedentes de China continental.

—Eso oí, Daniel...

Luego, ambos se interrumpieron, puesto que en aquel momento los camilleros descendían con el cadáver de Elmer, oculto por una manta. Daniel se limitó a apretar ligeramente los labios. Después de todo, debía algo a Elmer: la oportunidad de eliminar, de arrasar, a un grupo de «gangsters» de guante blanco.

En cuanto a Francis, seguía con su llanto exasperante.

Detrás de los camilleros iban los agentes especiales Harvey y Max Reynolds. Fue Harvey quién se dirigió rectamente hacia Daniel.

—Arriba está todo listo, señor —dijo—. Los equipos se retiran ya.

—¿Algo nuevo? —inquirió Daniel.

—Aún no se sabe. Lo único, que la empuñadura del estilete contiene huellas digitales en abundancia. Dentro de un par de horas sabremos a quién pertenecen esas huellas..., espero, y también a qué hora murió su... míster Drake.

—¿Qué hay de los criados? —inquirió Daniel.

—Dormían. O así lo afirman.

—¿No oyeron la llamada telefónica?

—Uno de ellos, sí —dijo Harvey—. Iba a levantarse, pero notó que ya descolgaban el teléfono. Volvió a dormirse. Cree que serían alrededor de las dos y media.

—De acuerdo, Harvey. Tú y Max os ocuparéis de tomar nota de cuánto vaya apareciendo en el Laboratorio.

—Sí, señor.

Harvey y Max se marcharon, haciéndolo poco después el equipo técnico del

F. B. I.

Mirando a Francis, Daniel inquirió:

—¿Crees necesitar me para algo?

—No sé... No lo sé, Daniel... Estoy muy aturdida..., acabo de perderlo todo...

Daniel no hizo comentarios. En todo caso, a Francis le quedaba el dinero de Elmer, lo cual era un antídoto contra el dolor, a menos que, como ella afirmaba, hubiese amado intensamente a Elmer. Pero aquello ya no era cosa suya. Daniel no tenía que hacer averiguaciones sobre el amor, sino sobre la muerte. Se había cumplido el presentimiento de Elmer. Y en cuanto a lo de que su actitud la noche anterior en la fiesta iba a facilitar las cosas, no estaba muy claro. Y la conversación telefónica con Heywood no tenía la menor lógica. No había que dudar de que la llamada se había producido. Pero..., ¿acaso era imbécil aquel Heywood? No, no...

Allí no había imbéciles; había gente astuta que sabía cómo matar.

De todos modos, había que empezar por algo.

Dejó sola a Francis y salió a la calle, acomodándose en su «Austin».

«Maxim». Allí estaba. En la Calle 38, casi esquina a Broadway. Eran casi las doce de aquella mañana lluviosa, lo cual no impedía que el tránsito fuese intenso, ruidoso, con la Vía Blanca atestada de coches, máxime teniendo en cuenta la huelga de empleados de Transportes Públicos Municipales. Caían pequeñas gotas de lluvia, que empapaban por completo la calzada y las aceras. La gente pasaba, casi sin mirar, por aquellos lugares que eran de máxima atracción durante la noche.

Por ejemplo, el «Maxim».

La puerta principal estaba abierta, pero no así la que conducía al local propiamente dicho. A través de ella, brotaba música de ensayo. En aquellos momentos debía estar ensayando algún malabarista, ya que se percibía anacrónica música de mambo.

Daniel llamó a la puerta, pulsando el timbre.

Unos instantes después, un tipo de mediana edad, con escaso cabello gris, vestido con un jersey oscuro de cuello alto abría aquella puerta.

—¿Qué hay? —inquirió—. Es hora de ensayo, como ve.

—Lo sé. Soy amigo de Norma. Dígame que Sterling Norton desea verla. Nos conocimos anoche en una fiesta.

—Bien... ¿Quiere aguardar aquí? Es un instante.

—De acuerdo.

Daniel quedó en el local, aunque los cortinajes le impedían presenciar lo que ocurría por allí. Era fácil advertir, no obstante, que había cambiado el ensayista, dado que la música de aquel momento sugería una chica estupenda practicando «*striptease*». Daniel encendió un cigarrillo y esperó la aparición de Norma.

Fue cosa de un par de minutos.

Apareció la pelirroja de Heywood, con un restallante jersey amarillo pegado a su busto, y con unas medias hasta la cintura, modelando sus piernas, de un tono rojo intenso. Daniel parpadeó un instante. Ella sonrió, agradeciendo aquella especie de cumplido, de

aquel tipo seco, casi hosco, y no muy animado en cuestión de fiestas, lo cual era una lástima.

—Sterling..., es una sorpresa.

—¿Podemos hablar, Norma?

—Bien...

—No aquí.

Norma ladeó ligeramente la cabeza.

—De acuerdo. Creo que habrá algún camerino libre, dado que casi todo el mundo está ensayando. No crea..., es una labor bastante dura la de empresario. Una empieza a comprender algunas cosas cuando se mete en negocios —rió—. Parece sorprendido, Sterling.

—Bien..., no sabía...

—Pues soy la agente artística del local. No podría vivir sin hacer nada. John es excesivamente generoso conmigo. Y abrumador a veces. Prefiero ser de alguna utilidad, aunque sólo sea ayudando a la gente que intenta subir. ¿Comprende? Yo, antes de conocer a John, era de las que lo intentaba todo. He conseguido bastante, aunque haya pagado un precio, claro está. Bueno..., supongo que no ha venido para escuchar todo esto.

—No. ¿Vamos?

Ella hizo un gesto y echaron a andar.

Daniel apartó la cortina, cediendo el paso a Norma, que caminó luego por delante, mientras Daniel prescindió en absoluto de lo que había en el local, para fijarse en la figura de Norma. Verdaderamente, a veces cuesta un horror conservarse íntegro. Hay que apretar los dientes, mirar hacia otro lado, y... Diablos, en el «Maxim» no rezaba lo de mirar a otro lado, porque aquello estaba atestado de chicas despampanantes. Unas con «shorts», otras con medias de malla, todas con un espléndido busto... Rubias, morenas; todas sonrientes... Luego llegaría el cansancio.

Cantaba un tipo en aquellos momentos, imitando a Frank Sinatra.

Poco después, cuando hubieron atravesado el local, entrando en el pasillo de los camerinos, ya no se oía apenas la voz.

Norma se metió en un camerino.

—Aquí mismo —dijo—. Podría haberme visitado en mi casa, Sterling.

—No importa, Norma. Además, es urgente.

Norma juntó las cejas.

—Cuánto misterio... Explíquese.

—Se trata de John.

—¿Qué ocurre con él?

—En primer lugar, debo decir que esperaba encontrarle aquí. Por lo menos, así se me indicó en su despacho. Creo que suele acudir al «Maxim» por las mañanas, durante los ensayos.

—Acostumbra a hacerlo sí. Hoy no se ha presentado.

—Ya...

—Siento curiosidad, Sterling. ¿Qué quiere de John?

Daniel miró a los ojos a la pelirroja. Luego, de manera insensible, inevitable, su mirada resbaló hacia el busto. Apartó la mirada para buscar un cenicero, que estaba sobre el tocador. Aplastó la colilla, y mientras lo hacía, dijo:

—Sin duda, recuerda la pésima broma de Drake anoche, ¿no?

—Oh, sí...

—No ha sido broma, Norma. Ha sido asesinado esta misma noche.

Norma quedó un tanto rígida. Un brillo de alarma apareció en sus ojos de un azul claro brillante. Por espacio de casi medio minuto sostuvo la mirada de Daniel.

—Asesinado... Pero, bien, bien... Admitido. Dígame ahora qué ocurre con John.

Daniel asintió con la cabeza.

—En primer lugar, creo que debo explicar cómo he llegado a conocer la muerte de Elmer Drake. He estado en su casa, de acuerdo con una cita previa, anoche, antes de que la fiesta concluyera de modo tan desagradable. Bien..., ya era cadáver.

—No es posible que John...

—Un momento, Norma. Hay mucho más. John llamó por teléfono a Drake alrededor de las dos y media de la madrugada. Francis escuchó la conversación por el supletorio. Y John le amenazó de muerte. La cosa no puede estar más clara para la Policía, por lo cual la situación de John es, en estos momentos, desesperada. Y..., aún hay más: ¿Por qué ha huido John si no es culpable?

—Pero...

—Ha huido, Norma. No está en su despacho, ni aquí.

Norma reflexionó unos instantes.

—De acuerdo, supongamos que es cierto que haya huido. No obstante, sepa algo, Sterling: John ha estado conmigo hasta más de las cuatro de la madrugada. Y aquí, precisamente. No pudo hacerlo él. En cuanto a la llamada telefónica, no voy a discutirla, porque yo tengo a veces trabajo en el local, y le pierdo de vista. Nunca ocurre, sin embargo, más de diez minutos seguidos. Materialmente, no pudo hacerlo.

—Pero sí la llamada, y dar la orden a su verdugo.

—Oh, no sé...

—No importa, Norma. Verdaderamente, yo no estoy aquí para acusarle, sino para prevenirle. Yo..., iba a realizar algunos negocios con Drake, y he quedado en el vacío. ¿Comprende? En cierto modo, me interesaría una relación con Heywood, aunque su situación sea verdaderamente difícil. Incluso podría ayudarle.

—Comprendo, Sterling... Y no sé..., John me hubiese dicho algo al respecto...

—No me parece lógico, en cierto modo, Norma. Es posible que John esté asustado de su propia audacia. Y, en mi opinión, debemos localizarle, e informarle de lo que la Policía sabe en estos momentos. Yo voy a poner mis cartas boca arriba, Norma. Conozco el negocio que iba a realizar John: contrabando de piedras preciosas y sedas de la China continental. Sé igualmente que Drake se oponía a colaborar. Yo estoy dispuesto a hacerlo.

Norma meneó la cabeza.

—Sterling..., le juro que no tengo idea de lo que está diciendo...

—Sin embargo, conocerá algún refugio de John. Quiero hablar con él. Nos interesa a ambos.

—Oh, no sé... Vive en...

—Sé dónde vive, y dónde tiene el despacho. Tampoco está en su casa, Norma. ¿Entonces?

Norma desvió la vista; se miraba las impresionantes rodillas. Parecía aturdida, aunque quizá no captaba con toda su intensidad la delicada posición de John Heywood.

—No lo sé, Sterling —musitó—. Creo que lo único que podemos hacer es esperar. Yo... sentiría que le ocurriese algo. Es molesto a veces, pero yo sé agradecer a la gente lo que ha hecho por mí. Y

John, después de todo, hizo las cosas con verdadera delicadeza. No es vulgar en ciertos aspectos. En cuanto a su rapto de audacia es muy discutible. No sé... Me parece más probable, sin embargo, lo de enviar a un verdugo y... Pero, Sterling...

Daniel ya había abierto la puerta del camerino, de un tirón.

Seguidamente alargó la mano izquierda y agarró al tipo por la cabellera, de modo que le obligó a entrar a trompicones en el camerino. Cerró de un portazo y soltó los cabellos del tipo para largarle un zurdazo al hígado que resonó en el camerino.

Aquel hombre, aturdido por el golpe y por la sorpresa, bufó ruidosamente y se inclinó, cubriéndose el hígado.

Pero no el rostro.

Y el derechazo le envió manoteando hacia el biombo, el cual derribó, cayendo de espaldas sobre él. Cuando sacudía la cabeza, ya Daniel estaba junto a él, alargando las manos para atraparle por las solapas del abrigo. No obstante, aquel tipo, pese a no ser muy alto, ni de aspecto de gran fortaleza, separó las manos de Daniel con las suyas propias y le asestó un violento cabezazo que dobló a Daniel.

El tipo, entonces, se puso en pie y lanzó su rodilla derecha, casi cantando de alegría, esperando ver machacada la nariz de aquel maldito.

La rodilla falló.

Y, de súbito, los deseos de cantar del tipo se convirtieron en casi necesidad de llorar, cuando unos dedos como diablos le agarraron las costillas flotantes, tirando hacia afuera.

Quedó rígido, con los ojos llenos de lágrimas. Luego, un puñetazo en el estómago, seguido de un directo en pleno cráneo, le lanzó de nuevo contra el biombo, de espaldas.

Quedó encogido, sin respiración.

Por su parte, Daniel aspiró con fuerza. Su rostro, entonces, perdió la durísima expresión que había asombrado un tanto a Norma, que parecía divertida en aquellos momentos, cuando dijo:

—Es un amigo, Sterling. Se llama Jerry Devine.

—Vaya...

El tal Jerry Devine empezaba a recobrar el resuello; estaba semi incorporado y graznó:

—¿Qué diablos ocurre aquí? ¿Quién es el tipo, Norma?

—Es Sterling Norton, Jerry. Lo siento...

—Maldita sea...

Daniel, impasible, se acercó al tipo y le ayudó a incorporarse. El otro se sacudió luego de Daniel, mirándole furioso. Hasta que cambió de expresión, gruñendo:

—De acuerdo. La culpa ha sido mía. No debí perder el tiempo escuchando detrás de la puerta.

V

-¿DÓNDE está John? —inquirió, de pronto, Devine.

Y frunció el ceño al observar la mirada que cruzaban Norma y Daniel, sin responder a su pregunta. Adivinó que las cosas no iban tan bien como él esperaba y dijo:

—Está bien. ¿Qué ocurre? Hablad de una vez.

—Ha desaparecido. Todo parece indicar que anoche asesinó a Elmer Drake y ha huido. Es todo —gruñó Daniel.

—Pero eso es estúpido...

—Jerry estuvo con nosotros hasta la hora que le he dicho, Sterling —aclaró Norma.

—Vaya... Por un instante llegué a sospechar que Devine había sido el hombre enviado por John a matar a...

—No digas tonterías —atajó, desconcertado, Devine—. ¿Quién diablos puede creer que John asesinó a Drake? ¿Y a qué hora? Aparte de que yo dejé a John en su casa, casi a las cinco. ¿Y tú qué pintas en todo esto, Norton?

—Sencillo: negocios. Yo hubiese podido colaborar con Heywood en el contrabando de mercancías chinas. Sigo interesado en ello, pese a todo. Por otra parte, muerto Elmer, que se oponía a ello, la organización puede seguir adelante.

Devine le escrutó con sus ojos oscuros, un poco velados.

—¿Qué sabes tú de eso? —inquirió suavemente.

—Lo que me contó Elmer Drake.

—Ya... Bien... La situación se complica, Norton. Todo estaba preparado para esta noche. John y yo debíamos recibir a un emisario, quien nos indicaría el lugar de desembarco de la mercancía. Siempre es un muelle del East River, pero... no conviene actuar a ciegas, a tanteo. La improvisación en estos asuntos sólo

conduce al fracaso. Y... lo que me pregunto es si John aparecerá o dejará perder el negocio. No sé hasta qué punto ese emisario confiará en mí si me presento solo.

—Comprendo. Entonces es probable que John aparezca. ¿Por qué ha de desaprovechar la oportunidad de ganar medio millón de dólares?

—No es lógico, claro... Pero me preocupa todo eso..., su desaparición, el asesinato de Drake... Pero hasta las nueve de la noche no hay que impacientarse.

Daniel miró a Norma y dijo:

—Te llamaré a esa hora, Norma. O un poco antes. Necesito hablar con Heywood antes de que se formalice la operación.

—Llama si quieres, Sterling —dijo ella.

—Entonces, hasta la noche.

Hizo un gesto de despedida y abandonó el camerino.

Cruzó el local, que empezaba a adquirir cierto aire de cansancio, de aburrimiento, hacia el final de los ensayos; faltaba poco para la hora del almuerzo, pero Daniel, haciendo un gesto, pensó que aquél iba a ser un día de dieta para él. Estaba claro que no iba a desaprovechar la oportunidad de averiguar lo máximo posible sobre el tal Devine.

Y era sencillo; bastaba meterse en el coche y esperar.

Bastante cansado, con sólo un bocadillo en el estómago, Daniel Drake penetraba en su despacho de la Delegación del F. B. I.

a las cinco de la tarde.

Aún no se había sentado, después de colgar el abrigo, cuando hizo su aparición el agente especial Harvey, con unos papeles en la diestra. Los dejó sobre la mesa del inspector Drake y ocupó un asiento.

—Murió entre las tres y media y las cuatro de la madrugada, señor —dijo—. Y el estilete está abarrotado de huellas correspondientes a John Heywood. Parece que se ha resuelto el caso, ¿no? Y la caza no ha sido tan grande como esperábamos...

Daniel sonrió secamente y dijo:

—¿De veras no te parece tan importante, Harvey? Ha muerto Drake y tenemos pruebas más que suficientes para que caiga

Heywood. Dos piezas importantes, sin duda. Dos hampones de guante blanco que dejan de ser una pesadilla para el F. B. I.

Harvey se sintió un poco impresionado.

Rehuyó la mirada del inspector, quien hablaba de la muerte de su hermano de un modo estremecedor. Ciertamente que no había podido evitarla, pero...

—Por otra parte, Harvey, no todo es tan sencillo como crees —dijo luego Daniel Drake.

—¿No es tan...?

—Heywood tiene su coartada. Por favor, Harvey; estamos luchando con «gangsters» experimentados, no con críos. Ellos saben cómo matar, y por muchas pruebas que tengamos, algo lo destruye todo; ese algo, en el caso de Heywood, es una coartada prestada de un modo aparentemente involuntario, por su... lo que sea, Norma. Y un tal Jerry. Éste es un sucio contrabandista, pero su palabra pesa. Y buscará lo que sea para salvar a Heywood. Resumiendo: sabemos que él es el asesino, pero para demostrarlo no bastará lo que tenemos.

—Las huellas del estilete...

—Ya te digo que teóricamente no debemos dudar. Pero, eso: sólo teóricamente. Harvey... no es claro, ni mucho menos que Heywood, un tipo acostumbrado a la lucha astuta, subterránea, sórdida, actúe de esa manera. Su juego no puede ser más absurdo; llama a Elmer por teléfono, le mata y deja su estilete abarrotado de huellas... Jamás habrás oído hablar de tan estúpido asesino, ¿eh, Harvey?

—Bien..., cierto que...

—Al grano; dudo de que el asesino haya sido Heywood, sin que eso quiera decir que voy a desistir de localizarle. ¿O. K? Entre tanto, hay otras cosas que deseo averiguar. Anota: John Heywood, James Gilchrist, Ben Dolphin y Phil Coward. Solicita a nuestros archivos en Washington información urgente sobre los cuatro. En Washington, sin duda, constarán datos que aquí ignoramos. Quiero tenerlos a todos atrapados, Harvey. ¿Lo ves claro? No estoy de acuerdo contigo en lo de que la caza no es sustancial.

—De acuerdo, señor...

—Recuerda: urgente.

Daniel se incorporó, se puso nuevamente el abrigo y poco después estaba frente al volante de su coche, conduciendo en dirección norte, Broadway arriba, hasta la desviación de Drickmon Avenue.

Ya funcionaba el alumbrado público, rasgando la niebla de aquel atardecer. A unas cien yardas de la mansión de Elmer observó que había luces encendidas. Supuso que Francis debía estar ocupada recibiendo condolencias más o menos sinceras. Por supuesto, los periódicos de la tarde ya se ocupaban del caso y uno de ellos reproducía íntegra la conversación telefónica entre Elmer y Heywood.

Verdaderamente, a Heywood se le ponían las cosas difíciles.

Daniel detuvo el coche, se apeó y caminó por la acera, hacia la entrada de la mansión, protegida por la verja de hierro, abierta.

Por el momento, no le interesaba Francis.

Debía observar algo, solo.

Se metió por el sendero de arena, buscando la desviación de la izquierda, con el fin de llegar a la parte trasera de la mansión.

No obstante, apenas dio unos pasos oyó:

—¡Sterling!

Vaya, diablos... ¿Qué podía hacer allí la morenita Vivían?

Ella miró avanzar hacia él, contoneando ligeramente su cuerpo juvenil, flexible. Y ella le sonreía. Cuando llegó frente a él dijo:

—¿Sabes, Sterling?, no puedo dejar de pensar en ti.

—¿Qué haces aquí, Vivían?

—¡Oh!... James está ahí dentro, compadeciendo a Francis por la desgracia. Yo no soporto esos ambientes de velatorio. Temo haberme equivocado aceptando a James Gilchrist. Pero... casi no tenía opción, ¿comprendes? Pero dejémoslo. Yo no suelo hablar de cosas tristes. Por cierto..., me ha parecido que te desviabas un poco del camino de entrada, Sterling.

—Sí...

—Pues no comprendo...

—No importa. Ven conmigo.

Ella agarró de un brazo, notando su calidez a través de la tela del abrigo. Vivían intentó protestar, pero luego se encogió de hombros y caminó junto a Daniel. Éste, por su parte, pensó que la única forma de que Vivían no le estorbara era manteniéndola junto a él.

Al menos, no perdería el tiempo. Vivían no sospecharía lo que trataba de conseguir.

En cuanto llegaron a la parte trasera de la mansión, la joven se situó frente a Daniel, rodeándole el cuello con ambos brazos.

—Tenías razón, querido... Este lugar es más discreto.

—Yo...

—¡Oh!, Sterling...

De acuerdo.

Daniel la besó, apretando mentalmente los dientes. No podía ser de otra manera. Tal vez habiendo conocido a Vivían en otras circunstancias dejaría que su cerebro fantaseara un poco. Pero... no. Y era una lástima, porque los labios de Vivían eran dulces, suaves. Toda la feminidad y el calor de una mujer estaba comprendido en el cuerpo de Vivían. Lástima.

Cuando se separaron, ella le miraba a los ojos con extraña expresión.

—Ha sido un beso muy... agradable, Sterling. Estoy segura de que te olvidaré difícilmente —musitó.

Daniel creyó observar que las pupilas de Vivían envejecían un poco en aquellos momentos. Una extraña impresión. Bien...; de todos modos, no iba a seguir perdiendo el tiempo con la chica.

—Está bien, pequeña. Ahora...

—¿Qué haces?

—No preguntes.

Dejó a Vivían pegada a unos setos vivos y se dedicó a examinar la contra fachada de la mansión. Cuestión de cinco minutos, para cerciorarse, dado que lo que estaba buscando saltaba a la vista. Regresó junto a Vivían, la cual le miraba entre sorprendida y desconfiada.

—¿Qué significa todo esto, Sterling? —inquirió.

Daniel la miró a los ojos.

—Aún no lo sé, Vivían. Pero... Veamos: la puerta principal de la mansión se cierra cada noche por dentro y con cadenilla. La entrada sin producir ruido es imposible, aparte de que la cadenilla es un obstáculo difícil de salvar, a menos de que se la cierre debidamente. Y la cadenilla está intacta. Tenemos, pues, que el asesino no entró por la puerta principal. ¿Comprendes?

—¡Oh, sí!... Pero ¿por qué tú...?

—Elmer era mi amigo, ¿no? —Gruñó Daniel.

—Por supuesto. Pero creo que todo eso corresponde a la Policía. Pero..., claro que no importa, querido. Puedes descubrir algo apasionante, ¿no?

—Lo espero, al menos.

—Estupendo, Sterling... ¡Oh!, casi te amo de veras...

Daniel sonrió. Y prosiguió:

—Tenemos también que la culpabilidad de Francis es muy poco probable y no existe motivo a la vista que pueda desviar las sospechas hacia los criados. Por tanto, no fue nadie del interior de la casa. Y el asesino no entró por la puerta principal.

—¡Oh! ¿Entonces?

—Por allí, linda. Por esa ventana entornada, que comunica con la cocina. Falta un detalle: averiguar si está siempre entornada, como sospecho. Mientras se averigua tal detalle, yo, aquí, puedo hacer otros descubrimientos. Primero: Heywood es incapaz de trepar por las enredaderas. Ha sido cosa de alguien joven y fuerte, con una agilidad envidiable. Segundo: el asesino conocía la distribución de la casa, por lo cual hemos de deducir que se trata de alguien que visitó con frecuencia la mansión. Tercero: ayer noche llovió bastante y han debido quedar huellas impresas por aquí.

—Sterling..., es sorprendente —musitó Vivian.

—No tanto —sonrió Daniel, torcidamente—. No te muevas de aquí, Vivian. Corremos el riesgo de que estropees algunas huellas. Tal vez lo hayamos hecho ya.

Vivian quedó inmóvil junto a los setos y Daniel extrajo una linterna del bolsillo de su abrigo. Dirigió el foco luminoso hacia el suelo, que mostraba infinidad de huellas sobre el barrillo formado por la lluvia; muchas de las huellas estaban pisoteadas y Daniel gruñó algo entre dientes.

Pisó con cuidado, dirigiéndose hacia las enredaderas que trepaban junto a la ventana de la cocina.

Meneó la cabeza. Aquello parecía inútil, dado que había que buscar, precisamente, huellas de pies.

¿Y cómo diablos descifrar aquel lío de pisadas?

Se inclinó, junto a la base de la enredadera, y examinó atentamente el terreno durante casi dos largos minutos. Luego siguió algo así como un rastro, cortado a sólo dos pasos por un

charquito. Luego, el rastro desapareció; estaba borrado, pisoteado.

Cuando Daniel se incorporó tenía el ceño fruncido.

—¿Y bien? —inquirió, impaciente, Vivían.

Daniel la miró en silencio unos instantes. Luego se encogió de hombros.

—Nada —rezongó—. Será mejor que regresemos, Vivían.

—¡Oh, no, Sterling!... Ahora no. Es extraño... Yo no quisiera separarme de ti, querido...

Daniel consultó su reloj de pulsera, comprobando que eran algo más de las siete. Aún tenía un poco de tiempo. Se acercó a Vivían y pasó sus dos manos por la cintura femenina. Vivian se pegó a él, mirándole a los ojos, sonriendo un poco tristemente.

—Siento... siento algo raro, Sterling... —susurró.

Daniel la besó. Cada vez le gustaba más hacerlo. Y Vivían correspondía dulcemente y con extraña limpieza a los besos. No..., no parecía una cualquiera. Casi no tenía nada en común con una vulgar amiga de hampón de guante blanco... Era peligrosa, demasiado dulce..., aunque sus ojos a veces resultaban extraños; mirada vieja y demasiado dura. O quizá sólo fuesen impresiones de Daniel. Cuando se separaron, brotó la primera pregunta de Daniel:

—¿Qué puedes decirme de Gilchrist?

—¿De... James?

—Sí.

—No sé, Sterling... ¿A qué te refieres?

—Sus negocios, específicamente.

—Nada, Sterling. Y lo siento. No sé a qué obedece tu pregunta, pero me gustaría ayudarte. ¿Me crees?

Daniel la miró a los ojos.

—Claro que sí, Vivian —musitó.

—Ahora... tengo frío, querido. Vamos adentro. Es posible que Francis nos ofrezca una copa de algo fuerte.

—Es un poco irreverente acudir a un velatorio solo por tomar una copa, ¿no?

Vivian encogió sus hombros.

—Tal vez. Yo no sentía nada hacia el muerto.

—Olvídalo.

Poco después penetraban en la mansión. Había gente en el salón donde la noche anterior se había celebrado la fiesta que terminó

con una broma pesada: asesinato. Y la mayor parte de aquella gente no parecía enterarse de que si alguien había sentido de veras la muerte de Elmer aquella persona era, precisamente, Francis. Estaba claro que lo único que deseaba Francis era quedarse sola, pero... la gente no suele tener delicadeza. Desconocen la palabra y su significado.

Vivian se reunió con Gilchrist, que estaba apartado y bebiendo *whisky*. Daniel fue hacia Francis.

—Esto es... horrible, Daniel. Nadie..., nadie de éstos quería a Elmer.

—Lo sé, Francis. Ahora quisiera hacerte una pregunta: ¿cada noche queda solo entornada la ventana de la cocina?

Francis abrió mucho los ojos.

—Sí..., así es, Daniel. ¿Qué...?

—No te preocupes. ¿Puedo utilizar el teléfono del despacho de Elmer?

—Por supuesto. Daniel...

El hombre del

F. B. I.,

se detuvo, mirando a Francis.

—Daniel..., ¿has descubierto algo?

—No gran cosa, por el momento.

—Pero Heywood...

—Estamos trabajando, Francis. Por favor, no hagas más preguntas ahora.

—Como quieras...

Daniel Drake abandonó el salón, después de aquel cambio de frases con voz muy baja. Nadie reparaba en él, según había observado, por lo cual se dirigió rectamente a la biblioteca-despacho de Elmer. Se sentó, tomó el teléfono y disco el número de la Delegación.

—Harvey —dijo, lacónico, cuando le contestaron.

Un instante después Harvey estaba al aparato.

—¿Algo nuevo, Harvey? —inquirió Daniel.

—Bastante. Hemos recibido un teletipo urgente de Washington. Allí no fallan, señor.

—Adelante.

—En síntesis, es lo siguiente: Phil Coward y Ben Dolphin

aparecen como hampones de actividades diversas y confusas; sucias, en una palabra, pero... desligados de los negocios de... *Mr. Drake*, de Heywood y de Gilchrist. Estos tres tienen historiales similares, señor. Incluso proyectaban sus operaciones con métodos similares y es claro que, en otras épocas, actuaban unidos. Especialmente, según el informe, actuaron unidos en Guatemala; fue cuando se iniciaron en asuntos de envergadura.

—¿Qué hay de eso de Guatemala? Mi hermano regresó de allí con todo el dinero que le sirvió para proseguir aquí sus actividades.

—Bien... —A Harvey, sin duda, le dolía informar crudamente sobre el hermano del inspector Drake—. Fue una estafa; se supone que fue una estafa, pero todo muy confuso. Hubo víctimas entre los fruteros de Guatemala, entre los poco importantes. Washington ampliará informes al respecto, pero parece que aún hay inquietud entre los medios fruteros de Guatemala. Todo, al parecer, indica que ellos, en Guatemala, se dedicaron a las grandes finanzas... o grandes estafas.

—Está bien, Harvey. Ahora, atienda: no sé hasta qué punto es importante esa confusa situación relativa a lo que ocurrió en Guatemala. Por el momento, vamos a actuar de acuerdo a lo que poseemos con seguridad: yo voy a localizar a Jerry Devine, el cual me conducirá junto a Heywood..., si éste acude a la cita, claro está, lo cual es más que probable, dado que hay en juego medio millón de dólares. Por tanto, tenemos ciertas probabilidades de atrapar a Heywood esta misma noche. Por el momento, es todo. Devine tiene un apartamento en la calle 15, junto a Stuyvesant. Prudencia. Corto.

Y colgó.

Ya no podía perder demasiado tiempo, si quería localizar a Devine antes de que éste saliera de su apartamento.

Se puso en pie, encendió un cigarrillo y caminó hacia la salida del despacho.

Salió y vio inmediatamente a Vivían, que parecía un poco nerviosa. La joven se acercó a él y le besó rápidamente en los labios.

—Sterling... te espero en mi casa. 980 de Madison.

—No sé si...

—Te espero, querido.

—Pero ¿y Gilchrist?

—¡Oh...!, una chica puede pretextar jaqueca o lo que sea cuando le da la gana. No importa la hora, Sterling. Y... y no preguntes por qué hago esto. Me gustaría que lo comprendieras.

—Bien...

—Ahora, adiós, Sterling.

Vivían casi corrió hacia el salón, dejando a Daniel en el vestíbulo. El policía se encogió de hombros y gruñó algo con respecto a ciertas citas amorosas. ¡Al diablo! Se hallaba en pleno trabajo y una piel suave y morena y unos labios cálidos no podían hacerle olvidar que el hombre asesinado fue su hermano. Listo, torpe, honrado, hampón, lo que fuese, Elmer Drake había sido su hermano.

Salió de aquella mansión, en busca de su coche.

VI

EN el interior del coche brilló la brasa de un cigarrillo.

El silencio era absoluto.

Desde aquella posición los ocupantes del coche, inspector Drake, Harvey, Max Reynolds, Scoot y Trevor, podían ver perfectamente el muelle 63 del East River, a la altura de la calle 20 Este, donde un nervioso Jerry Devine, pegado a un montón de fardos, estaba esperando algo, consultando cada quince segundos su reloj de pulsera. Era evidente que las cosas no se presentaban fáciles para Devine. Ni para nadie, al parecer. Eran las nueve y doce minutos y no había comparecido Heywood ni el emisario del carguero de mercancías de contrabando.

Harvey miró de soslayo al inspector Drake y rezongó:

—No sé qué diablos está ocurriendo, señor. Daniel sonrió brevemente.

—Lo lógico —dijo luego—. Heywood no acudirá a la cita.

—Bien...

—Estoy cambiando de ideas. Y me parece que las nuevas son mejores, Harvey.

—¿Puedo saber...?

—No ahora. Vamos a ir preparando nuestra actuación. Primero, lo que ocurra aquí. Luego, todo el mundo en busca de un hombrecillo; un tipo pequeño de estatura, pero, sin duda, ágil, fuerte y audaz. Cuando encontremos a ese hombre habremos detenido al culpable material de la muerte de Elmer.

—Las señas de ese hombrecillo...

—No son gran cosa, lo sé. Descubrí las huellas en la base de una enredadera que conduce a la cocina de la mansión de Elmer. Vamos a recurrir a nuestros confidentes, a los archivos, a quien y adonde

sea, aparte de ir comprobando coartadas de cualquiera relacionado con Elmer. Caerán muchos, Harvey. Muchos. Espero, en realidad, que todos. Ya sabemos, pues, lo que hay que hacer cuando terminemos aquí.

—No será fácil...

—Ya lo sé. ¿Pero qué otra alternativa nos queda? Estoy seguro de que Heywood no aparecerá esta noche.

—Parece que no...

Y callaron. Daniel fumó de nuevo, siempre con la vista fija en la figura de Devine. Por eso resultó innecesaria la información del agente especial Scott:

—Se acerca un hombre a ese Devine.

—De acuerdo. Esperemos —dijo Daniel.

Aguardaron.

Junto a los fardos de un tinglado, Devine y otro tipo parecían discutir con bastante fuerza. Ni rastro, no obstante, de Heywood, con lo cual las teorías de Daniel Drake se iban confirmando de un modo lento, pero seguro. Hasta que los dos hombres, tras la discusión, se pusieron en movimiento. Ambos echaron a andar por el cemento, encaminándose hacia el muelle contiguo, con algunas luces de buques.

—¿Qué hacemos? —inquirió Harvey.

—La señala —gruñó Daniel—. Que detengan a todo el mundo y se apoderen de la carga. Algo habremos conseguido. Un alijo de medio millón y la caída de Devine.

—Sí, señor.

El agente Scott alzó el teléfono del coche oficial y dio la contraseña a las patrullas que el

F. B. I.,

había solicitado para la redada.

—Ahora, acerquémonos —dijo Daniel.

La última salchicha.

Sabía a poco, pero... En fin: lo seguro era que el bote de hojalata no servía, vacío, para nada. Y el bote fue a parar al río, mientras el tipo, balanceando las piernas por encima del agua del río, masticaba lentamente la última salchicha. Un tipo optimista, llamado Jock, sin un centavo en el bolsillo, con cincuenta años

sobre las espaldas y mucha fantasía en su cerebro.

De no ser así no hubiese podido seguir viviendo. Además, ¡qué diablos!, ¿iba uno a morirse de hambre o de tristeza, por el mero hecho de que le hubieran dejado en el mundo en la desembocadura de una cloaca? De eso, nada. Uno tenía vida y había que vivirla. ¿No como Rostchild? Mala suerte. Pero cada uno tiene su vida. Además, Jock tenía un solo objetivo: comer cuantas salchichas pudiera. ¿Dos a la semana? Ya llegarían tiempos mejores... ¿Por qué no?

Cualquier día escribiría sus memorias. ¿Acaso escritores muy famosos no habían alcanzado su gloria a partir de los sesenta años? Él, pues, era un chiquillo comparado con aquella gente sesuda. Y, además, tenía cosas para contar.

Muchas cosas.

Y Jock empezó a soñar, sentado en el muelle, con las piernas balanceándose sobre el agua sucia, revuelta, un poco alterada.

Podía ver las luces de Brooklyn, de Queens, de Manhattan... ¿Qué más podía pedir? Y también, durante el día, podía ver a alguna chiquita de las de verdad; de aquellas que le llenaban de agua la boca a cualquiera; con sus andares, con sus siluetas. Claro que sí. Luces, chicas, salchichas, optimismo. ¿Qué más hace falta para vivir?

Pero no era eso todo.

Porque allí mismo, a escasa distancia de Jock, empezaron, de súbito, a sonar disparos.

Un fuego intenso, con canto de metralletas incluso.

Se veían los fogonazos, se oían rumores aparte de los disparos. Sirenas de policía, faros recorriendo los muelles.

Diablos, diablos... Los faros, en realidad, no importaban gran cosa, puesto que Jock nada tenía que temer de la Policía. Jamás había robado un solo mondadientes..., excepto en una ocasión una manzana a una vieja que vendía en el mercado del muelle 12, y Jock descubrió entonces que jamás sería feliz si volvía a robar. De modo que, tranquilo de conciencia, pero no tanto en lo que concernía a su preciosa seguridad física, Jock optó por deslizarse hasta las escalerillas y descender, buscando el hueco de un desagüe.

Lo hizo cuando el tiroteo seguía en pleno auge, con un tableteo terrorífico, silbidos de balas, silbatos de policía, órdenes con

amplificador... Todo indicaba que se estaban realizando movimientos para la redada en regla.

Se metía en el hueco y listo. Así que...

De súbito, los ojos de Jock empezaron a desorbitarse. Pero... ¿qué diablos era aquello? No, no. Dios...

La salchicha. Su pobre salchicha, inevitablemente, abandonaría el caliente cobijo de su estómago, porque aquello... ¡aquello era un muerto, detenido por cualquiera sabía qué en el desagüe de la cloaca! ¡Un hombre muerto!

Jock empezó a temblar.

Y seguían los disparos. No podía salir de allí...

—Listo, señor.

—De acuerdo, Harvey. Ahora... ¿qué ocurre, Scott?

Scott acababa de aparecer ante el inspector Drake, empujando a un hombrecillo desharapado, con cara de susto, que miraba con mucho recelo al inspector del

F. B. I.

—Éste es Jock, señor —dijo Scott—. Está explicando algo confuso... Que yo sepa, ninguno de esos contrabandistas ha caído al agua. No obstante, afirma que uno de los muertos está detenido en un cable del desagüe de una cloaca.

—Está bien, Scott. Sacadle de ahí y unídle a los demás muertos. Tú, Harvey, procura que en el barco no quede nada por registrar. Y..., ¿ocurre algo, Jock?

—No... Bueno...

—Pues largo.

—Sí, sí...

—¡Eh!, Jock, un momento. ¿Estás seguro de que viste caer ese hombre al agua?

—En absoluto, inspector. Y no me explico de modo tan confuso como pretende el agente Scott, ese que ha ido en busca del cadáver. Lo que trataba de explicarle es que cuando empezó el tiroteo decidí ocultarme y descubrí ese cadáver. Yo... no entiendo mucho de eso y mi estómago, en cambio, sí. Si ese tipo hubiera sido un cadáver reciente, mi estómago no se hubiese revuelto. Pero estoy completamente convencido de que lleva un mínimo de veinticuatro horas muerto. Así, con esta misma claridad le expliqué las cosas al

agente Scott.

Daniel miró fijamente a Jock. No parecía tonto...

—Harvey.

—Sí, señor.

—Que identifiquen de inmediato a ese cadáver. Espero.

—De acuerdo.

Se marchó para dar las órdenes oportunas.

—¿Qué hago yo, inspector? —inquirió Jock.

—¿Qué hacías aquí?

Jock se encogió de hombros.

—Nací en una desembocadura de cloaca, me dicen... ¿Qué iba a hacer? Lo de siempre. Me comí mi salchicha nocturna y estaba pensando en las luces, en las chicas bonitas que uno no ha tenido y que tal vez algún día...

—De acuerdo, de acuerdo, Jock... —sonrió Daniel—. Puedes irte, si quieres.

—Bueno... Suerte, inspector.

—Gracias, Jock.

Y Jock se fue silbando, un tanto melancólicamente. Adiós a su última salchicha. En fin..., ¿en qué mentalidad cabe que una salchicha iba a enturbiar la felicidad de Jock?

Desapareció y Daniel, mientras aguardaba información exacta de todo lo ocurrido en el muelle, con detención de la banda de contrabandistas..., los vivos, así como la de Jerry Devine, e instrucción sobre el alijo cargado en aquel buque, encendió un cigarrillo.

Se sintió algo desalentado, porque algo estaba claro: aquella redada no arrojaba la menor luz sobre el asesinato de su hermano. Quizá las cosas hubiesen sido distintas si Heywood se hubiera presentado para redondear aquel negocio de medio millón de dólares. Y, claro está, uno no puede por menos que preguntarse qué es lo que impide a un hampón acudir a un negocio de semejante envergadura.

Daniel meneó la cabeza.

Se tensó un poco al ver correr hacia él a Harvey, que parecía muy excitado.

—¿Qué hay, Harvey?

—Bueno..., parece increíble...

—Al grano.

—¿Cree en el azar?

—¿Por qué no?

—Yo creo desde ahora mismo. Nos hemos equivocado. Todos, señor. John Heywood «sí» acudió a la cita. Sólo que..., con dos balazos en la nuca y muerto desde hace más de veinte horas. O por ahí le anda. Sin ningún género de dudas, el tipo hallado por ese Jock es John Heywood.

Daniel cerró un instante los ojos.

—Está bien, Harvey. No esperes que me sorprenda demasiado.

—No, claro. Yo...

En aquel instante sonaba el teléfono del coche oficial y fue el propio Daniel quien descolgó el aparato.

—Drake al habla.

—Le pongo con *mistress* Drake, señor.

—¡Daniel! —Se oyó, muy alterada, la voz de Francis.

—Soy yo, Francis. ¿Qué ocurre?

—¡Oh!, no sé hasta qué punto... Estaba tratando de localizarte. ¿Puedes venir? Quiero explicarte algo.

—De acuerdo, Francis. No perderé tiempo. Hasta ahora.

Colgó. Miró a Harvey y gruñó:

—Todo el mundo buscando a un hombrecillo ágil y fuerte, Harvey. Os daré más instrucciones. Meted prisa en Washington; que aclaren ese confuso asunto de Guatemala.

VII

Parecía tener los nervios destrozados; había llorado mucho y su expresión era patética, como de chiquilla perdida que necesita urgentemente ayuda. ¿Qué diablos le habría ocurrido a Elmer Drake? ¿Por qué no amar a aquella mujer con todas sus fuerzas?

—Pasa, Daniel —musitó Francis.

Daniel penetró en el vestíbulo.

—Parece que ya no hay nadie —dijo.

—No, no... El último en marchar fue James Gilchrist.

Daniel Drake le dirigió una rápida mirada.

—Parece que no te sientes bien, Francis. Estás agotada.

—Sí, lo estoy —intentó sonreír Francis—. Pero he preferido hablar contigo. ¿Prefieres el salón o...? —Vamos, Francis.

Ella caminó por delante. Vestía muy decorosamente, pero ninguna mujer del mundo deforma a propósito su silueta, y Francis no era una excepción. Caminaba erguida, con un levísimo contoneo, inevitable, de caderas. Su presencia era capaz de llenar un salón tan vacío y trágico como aquél en que penetraron.

—¿Bebes algo, Daniel?

—Un poco de *whisky* solo.

Ella lo preparó, en silencio, un poco tímida, como cohibida por la presencia de Daniel. Luego caminó hacia él, sentándose a su lado. Le tendió el *whisky* y murmuró:

—¿Sabes, Daniel?, muchas veces discutí con Elmer por tu causa. Yo... hubiese preferido que me conocieras mejor. Ahora... ya es tarde. No vamos a tener nada en común en lo sucesivo. Yo creí que podría transformar a Elmer... No he conseguido más que el peor y más doloroso de mis fracasos. No sé si toda la culpa es mía.

—Lo siento, Francis. Sin embargo, espero que comprendas que

entre Elmer y yo no podía haber entendimiento alguno. Yo... procuraba ignorarle. Precisamente, yo lucho contra todo lo que él representaba. Ahora..., también lamento no haber hecho algo por él... y por ti. Sin embargo, parece que existe aún la oportunidad. ¿No?

—Te he llamado por algo, en efecto —murmuró Francis.

—Está bien. Antes que nada, oye esto: ha sido hallado el cadáver de Heywood, con dos balazos en la nuca. Mi primera pregunta es la siguiente: ¿fue, efectivamente, Heywood quien realizó la llamada telefónica?

Francis parpadeó.

—Pues..., Elmer lo daba por entendido. En principio, la voz resultaba irreconocible y Elmer creyó reconocerla como perteneciente a John. Quien hablaba ni negó ni afirmó... En ningún momento tuvimos la seguridad de que fuese él. Pero las circunstancias...

—Comprendo. Elmer se aferró a la idea de que era John. En realidad, bastaba una mala imitación de la voz de Heywood para que Elmer creyera que aquél disimulaba la voz. Y... quién hablaba, no la disimulaba, sino que trataba de imitarlas. ¿No?

—¡Oh, sí, Daniel!... Podría ser.

—Está bien. Ahora, dime: ¿conoces a algún hombre de baja estatura, ágil y fuerte, con suficiente valor para penetrar en la casa y asesinar a Elmer?

Francis meneaba lentamente la cabeza.

—No. Lo siento, Daniel.

—Está bien. Ahora hablemos de tu asunto.

—Se trata de Gilchrist —musitó Francis, inquieta.

Daniel asintió con la cabeza.

—¿Qué ocurrió? —inquirió.

—¡Oh!..., estaba muy furioso. Disimuló hasta que toda la gente se hubo marchado. Entonces, incluso echó a Vivían del salón y se encaró a mí, hecho una fiera. Creí incluso que llegaría a pegarme...

Daniel tenía la frente arrugada; los ojos entornados.

Escrutó el rostro de Francis.

—Llegó a pegarte, Francis —musitó.

La mujer enrojeció; bajó sus serenos ojos verdes.

—S... sí... Llegó a pegarme...

—¿Por qué?

—Al principio ni le entendía. Te lo juro, Daniel. Yo no sé qué impresión te produzco. Puedes creer que estoy mintiendo en todo momento, pero te juro que no es así. Yo... tengo necesidad de confiar en alguien, de comunicarle a alguien todo lo que siento. Nadie mejor que tú, ¿comprendes? ¡Oh!, me estoy desviando de la cuestión. Te decía que al principio ni siquiera comprendía lo que Gilchrist quería decir. Yo... no he participado en la vida activa de Elmer. Ni he representado nada en absoluto para él en los últimos meses.

—Quieres decir que Elmer te ocultaba sus asuntos.

—Tal vez no sea exactamente eso. Digamos que no me hacía partícipe de nada de lo suyo.

—Ya... ¿Siempre fue así? ¿Incluso cuando le conociste?

—No, no... Él, estoy segura, llegó a amarme. Nos conocimos en Miami, hace poco más de dos años, cuando él había regresado de Guatemala. Yo actuaba en el «Club Biscayne»... La cosa ocurrió de un modo normal. Nos quisimos, nos casamos. Y nos instalamos en Nueva York. Luego, todo fue cambiando. Mi historia no es de las peores, Daniel.

—De acuerdo. Volvamos a Gilchrist. ¿Qué pretendía?

—Me hablaba de unas acciones.

—¿Qué clase de acciones?

Francis consiguió sonreír y musitó:

—Ahora me pegarías tú también, Daniel. No lo sé. Sin embargo, él, con su ira, me explicó algo. Por lo visto, se trata de unas acciones mediante las cuales Elmer, en sociedad con Gilchrist y Heywood, controlaba una firma frutera de Guatemala. Creí entender que la mayoría de las acciones obraban en poder de Elmer. Y Gilchrist quería saber dónde estaban esas acciones, qué sabía yo de eso y qué había dispuesto Elmer al respecto. Como ves, demasiadas cosas a las que no podía responder.

—¿No te habló Elmer de eso? —inquirió Daniel.

—No.

—Vaya... De todos modos, el capital representado por esas acciones debe constar en algún sitio. Muy probablemente, en el testamento. Se supone que un hombre que dispone de una fortuna hace testamento.

—No creo que Elmer tuviera esas cosas legalizadas. Era demasiado joven y optimista.

—No sé... En este caso...

—¿Qué ocurrirá, Daniel?

—Probablemente, las acciones serán para quien las halle primero. Y muertos Elmer y Heywood se comprende que Gilchrist las busque como loco. Y ése es un buen motivo para asesinar, Francis. Empiezo a creer que Gilchrist sabe bastante del asesinato de Elmer, aunque, por lo visto, no encontró las acciones. En cierto modo, pues, el crimen ha sido inútil. El de Elmer... y, posiblemente, casi seguro, el de Heywood. Tenemos a un hombre llamado Gilchrist que en estos momentos debe poseer sus acciones, las de Heywood... y busca las de Elmer.

—Dios mío... Pero ¿por qué?

Daniel frunció el ceño, mirando a Francis.

—¿Por qué? —Gruñó—. Es muy sencillo: Gilchrist, en posesión de esas acciones, es dueño absoluto de esa firma frutera. Y te aseguro que los beneficios valen la pena. ¡Oh!..., me parece mucho más lógico todo ahora. Fue Gilchrist quien llamó por teléfono a Elmer, imitando la voz de Heywood. Luego envió a un formidable verdugo.

—¿Por qué matarle, sin saber dónde estaban las acciones?

Daniel pestañeó.

—Bueno..., eso es cierto también... Pero tal vez Gilchrist pensó que tú sabías lo suficiente y que podría intimidarte con facilidad.

—No creo que Gilchrist pensara eso. Sabía que Elmer y yo estábamos en malas relaciones. Además, acudió a mí a la desesperada, hasta el punto de pegarme. No, no, Daniel... No me parece lógico tampoco que Gilchrist matara a Elmer, aunque sí pudo asesinar a Heywood para, como tú dices, apoderarse de las acciones de éste.

Daniel bebió un sorbito de *whisky*, reflexionando.

Empezó a asentir con la cabeza.

—Creo que alguien se ha preparado magníficamente el terreno —musitó—. Alguien que ha jugado con tres hombres: Elmer, Heywood y Gilchrist. De todos modos, habrá que comprobar la coartada que presente Gilchrist para la noche en que fueron asesinados Heywood y Elmer. Será interesante llegar a una

conclusión al respecto.

—¿Y si no ha sido Gilchrist?

Daniel miró de modo extraño a Francis. Inmediatamente desechó de su cerebro aquella idea. Francis no había podido ser... ¿O sí?

Bien; no iba a complicarse añadiendo un nuevo sospechoso a la reducidísima lista. Al menos, de momento. Se podía intentar algo con Gilchrist.

En aquel instante sonó el teléfono.

Francis acudió hacia el aparato y lo tomó.

—Sí —musitó.

—Desde luego. Un segundo, por favor.

Miró a Daniel.

—Para ti. Dice llamarse Harvey.

—Bien.

Daniel se incorporó. Tomó el aparato.

—Yo, Harvey.

—Ha llegado la ampliación de informes, señor. No gran cosa más; pero se sospecha que Drake y los otros dos salieron de Guatemala dejando atrás una familia arruinada y un cadáver. Un tal Bibiano Callejas, presidente y propietario de una firma frutera. Se sospecha tan sólo, aunque hay quien trabaja para aclarar los hechos. De todos modos, es seguro que ese Callejas fue estafado y hundido. Se dice que esa sociedad trabaja normalmente, ya que por su importancia nadie se atreve a paralizarla, en espera de que se aclare la situación. Fue un golpe de excesiva envergadura. La posesión de esas acciones tenía que acarrear, forzosamente, problemas.

—Está bien, Harvey. ¿Qué hay de nuestro hombrecillo?

—No es tan fácil. Nada aún.

—No; claro. Seguid buscando.

Y colgó.

Permaneció unos instantes pensando.

Francis le miraba. Inquirió:

—¿Algo nuevo, Daniel?

—En cierto modo tan solo. Hay algo que me hace ver un nuevo aspecto del asunto.

—¿Qué es ello?

—Un cadáver llamado Bibiano Callejas...

—No sé...

—Lo supongo. Está bien, Francis. Te aseguro que esta conversación entre nosotros ha sido verdaderamente útil. Si quieres, puedo ordenar que te protejan. Y no me refiero, precisamente, a lo que pudiera hacer Gilchrist.

—Daniel...

—Alguien puede creer que la parte de acciones de Elmer obran en tu poder... Tranquilízate, no obstante. Hay quien sabe más que nosotros de este asunto y no parece sentir interés por ti. Ahora...

Descolgó el teléfono y discó uno de los números que se había aprendido de memoria para actuar rápidamente en todo momento por lo que se refería a aquel asunto.

Le respondieron.

—Inspector Drake —dijo—. ¿Puedo hablar con *Mr.* Gilchrist?

—Lo siento, inspector. *Mr.* Gilchrist no está en estos momentos.

—¿Puede localizarle?

—Bien... Creo que concertó, hace cosa de media hora, una cita con el abogado Palmer. Salió con muchas prisas.

—Ya... ¿Puede facilitarme las señas de míster Palmer?

—El 760 de Lexington Avenue, detrás de la Grand Central Statton.

—Gracias.

Colgó, dejando al criado con la palabra en la boca.

—Ordenaré esa protección para ti, Francis. Procura descansar.

—Lo intentaré —musitó Francis.

Daniel la miró unos instantes. Era realmente bonita...

En fin, ¿qué diablos estaba pensando?

Se marchó.

—Cuarta planta, señor.

Ascensor. Cuarta planta. Y allí estaba el rótulo: Kenneth Palmer, abogado. Pulsó el zumbador y aguardó unos instantes, hasta oír un taconeo. Le abrió la puerta una criadita joven, un poco pálida, con mirada melancólica. Parecía un poco nerviosa.

—Inspector Drake —dijo Daniel, mostrando su identificación.

—¡Oh!... No... no habíamos avisado a la Policía...

Daniel frunció el ceño.

—¿Qué quiere decir? —Gruñó.

—Aquel hombre... Un grosero, una fiera...

—¡Basta, Anne, que pase quien sea!

Había sido la voz del abogado Palmer, que estaba junto a la puerta de su despacho. Anne se hizo a un lado y dejó paso libre a Daniel, quien avanzó hacia el abogado, con la vista fija en el rostro del tipo, con señales de golpes. Estaba un poco desgreñado aún y pálido.

—Inspector Drake —dijo Daniel—. Me temo haber llegado un poco tarde, *Mr.* Palmer.

—Sí... ¿Quiere pasar?

—Gracias.

Penetraron en el despacho del abogado, una verdadera miseria humana. Pequeño, delgado, calvo, con más de cincuenta años, de mirada inquieta, astuta. Señaló un asiento para Daniel y se sentó a su vez, dictando:

—No sé qué pensar de su presencia aquí, inspector.

—En realidad, me interesaba Gilchrist. Ha sido él quien le ha golpeado, ¿no?

Palmer bufó.

—El muy... Fue él, sí.

Daniel sonrió, un tanto irónicamente.

—No se sorprenda demasiado, *Mr.* Palmer. Antes que a usted, Gilchrist golpeó a una dama. Ahora deje que adivine algo: usted debía ser el abogado de Elmer Drake.

—Sí...

—Voy a adivinar más Gilchrist quería conocer las disposiciones testamentarias de Elmer Drake. Muy especialmente lo relativo a determinadas acciones de una entidad frutera guatemalteca.

—Así es.

—¿Y bien?

Palmer vaciló unos instantes. Con sus ojillos astutos miró a Daniel atentamente.

—Elmer Drake era su hermano, ¿no? —dijo.

—Sí.

—De todos modos, yo no estoy obligado a violar los secretos de mi cliente, como usted sabe. Así se lo comuniqué a Gilchrist y ya ve los resultados. Se puso furioso... Claro que con usted el caso parece

distinto.

—Lo es, *Mr.* Palmer —sonrió Daniel—. Le está interrogando oficialmente el

F. B. I.

—Bueno..., el testamento de Elmer Drake...

—No me interesa el testamento.

—¡Qué dice! Son dos millones de dólares...

—Por favor, *Mr.* Palmer, insisto en que no me interesa eso. Hábleme de esas acciones.

Palmer asintió con la cabeza. Vaya con el inspector Drake... Un loco; no loco, sino estúpido. La mención de dos millones de dólares por muy íntegro que fuese uno, tenía miga. En fin...

VIII

LE hablaré de esas acciones —gruñó.

—¿Cedió con Gilchrist?

—No, no.

—De acuerdo. Empezé.

—Debo advertirle, en primer lugar, que no podré hablarle de la procedencia de las acciones. Simplemente le contaré cómo ocurrieron los hechos con su hermano Elmer. Yo, como abogado, me limité a cumplir el encargo de un cliente y cobré mis honorarios por ello. Es ahora cuando imagino algo turbio, pero...

—Deje eso. ¿Qué ocurrió con las acciones?

—Yo intervine para que se llevara a cabo la venta legal de esas acciones a la United Fruits, que domina la mayoría de la producción frutera en Guatemala. Su hermano vendió esas acciones a la United Fruits.

—Bien... ¿Por qué? ¿Qué pretendía?

Palmer sonrió.

—Debo decirle que su hermano sabía muy bien lo que hacía, teniente. Con esa aportación pretendía escalar un puesto en el Consejo de la United Fruits.

—Pero... no podía conseguirlo...

—No aún, puesto que no aportaba más que el cuarenta por ciento de las acciones. No obstante, consiguiendo otro diez por ciento y una acción más, se convertía en mayoritario, y la United le hubiera concedido ese magnífico puesto. Como ve, se trataba de una jugada verdaderamente maestra, aunque... al final se demostró que entrañaba sus peligros. Como sea, Elmer Drake propuso a Heywood y a Gilchrist la compra de sus acciones, a lo cual no accedieron éstos, con muy buen criterio, ciertamente, dado que

vieron la posibilidad de realizar ellos la misma jugada de Elmer Drake.

—Comprendo. Entonces, Heywood y Gilchrist pretendían comprarse mutuamente las acciones. Al igual que mi hermano. Los tres perseguían lo mismo.

—Eso es. Sé que se entablaron discusiones... amistosas entre ellos. Era claro que nadie pensaba ceder, en espera de los acontecimientos. El más débil cedería primero...

—Aún más claro —gruñó Daniel—. De ahí que mi hermano no colaborase con Heywood en sus chapuzas de contrabando, de modo que Heywood, a la desesperada, tuviera que vender... Una jugada evidentemente sucia, señor Palmer. ¿Usted ignora que esas acciones proceden de una estafa?

Palmer estaba muy pálido.

—Yo..., por supuesto que lo ignoraba, inspector... —balbuceó—. Ni... ni sabía que *Mr.* Heywood fuese contrabandista...

—Más que eso. Mi hermano, Gilchrist y Heywood formaban una especie de sociedad que representaba lo peor del «gangsterismo». De todos modos, prosiga con su explicación.

—Bien... Nada indicaba que ese puesto en la United Fruits fuese capaz de provocar asesinatos entre ellos...

—Usted ha dicho que Elmer había cedido ya su parte de acciones a la United Fruits. Una transacción ilegal, señor Palmer, insisto. Son acciones de procedencia ilegítima. ¿Sabe que incluso se puede meter en un lío a la United Fruits?

—Yo...

—No es responsable si lo ignoraba. Prosiga —gruñó Daniel.

—Digo que... que *Mr.* Drake vendió su parte, pero Heywood y Gilchrist lo ignoraban. Por tanto, muerto *Mr.* Drake lo que Gilchrist pretende es adelantarse a Heywood en la compra de las acciones..., que es imposible, puesto que están en manos de la United Fruits.

Daniel frunció el ceño.

—Es curioso... —musitó—. Heywood ha sido asesinado. Por tanto, no veo la necesidad de que Gilchrist pierda la serenidad y muestre su juego. Eso puede indicar que Gilchrist «ignora la muerte de Heywood»... Eso es: «la ignora»... Y si Gilchrist es inocente..., habrá que buscar a alguien más, con baza. Ahora sí podemos hablar del testamento de Elmer. Saber todo lo concerniente a ese heredero

podría dar una solución. Es una probabilidad, sin duda.

Palmer suspiró.

—Usted es el heredero, inspector —musitó luego.

Daniel parpadeaba.

Miraba, incrédulo, al abogado. Pero..., ¿hasta ese punto había llegado Elmer a olvidar a Francis? ¡Oh, diablos!, eso no importaba... La noticia, en sí, era lo desconcertante.

—¿Yo? —pudo mascullar, por fin.

—Usted, sí.

—Pero... ¿y su esposa?

—Diez mil dólares anuales, si no altera su estado civil. No es una renta despreciable, ni mucho menos, inspector.

—No, no... Pero, en fin, yo no he asesinado a nadie. Yo, el heredero; camino cerrado, por tanto.

—Sí... Oiga..., con respecto a la tramitación de la venta de las acciones de *Mr. Drake* a la *United*, le juro que no tenía idea de que se tratase de algo ilegal. Yo no hubiese aceptado la...

—No se disculpe ahora, señor Palmer. Me disgusta ofender a nadie, pero usted sabía muy bien quién era mi hermano y, del mismo modo, que el noventa por ciento de sus asuntos eran sucios. De todos modos, exigiré responsabilidades a quien corresponda, en su momento..., si es que queda alguien a quien exigirselas —gruñó el hombre del

F. B. I.

—Yo le aseguro...

—Es todo, señor Palmer. Buenas noches.

—Estaré a su disposición cuando quiera solucionar lo del...

—¡Oh!, vamos, no se moleste. Cuestiones de conciencia. Y no se asombre demasiado si le digo que no tocaré un centavo del dinero de Elmer. Yo no lo necesito. Bien...; pasará a la Contaduría del

F. B. I.

Se largó, dejando a Palmer confuso, incrédulo... Por su parte, Daniel, ya en la calle, con las calzadas de un tono negro brillante, memorizaba las señas de Gilchrist y, de paso, el rostro de la chica de éste, la morenita Vivian; la apasionada y dulce Vivian.

Y enfiló hacia el Norte, hacia Morningside Ave., donde Gilchrist tenía su «cottage».

—¡Nada, nada...!

James Gilchrist casi lloraba de rabia.

No comprendía absolutamente nada.

A la desesperada, había hecho algo verdaderamente arriesgado. Algo como decidirse a entrar en la casa de John Heywood, que debía estar, según Gilchrist, con su pelirroja, en el «Maxim». Era, pues, una buena oportunidad para sorprenderle. ¿Acaso no habían matado a Elmer, muy probablemente el propio John? De acuerdo. Entonces llega el tercero en discordia, atiza el zarpazo y se lo queda todo. Si hay lucha, cada uno hace lo que puede para vencer. Eso es una ley.

De modo que, a causa de sus grasas, Gilchrist tuvo que realizar verdaderos esfuerzos para colarse en el apartamento de Heywood. Una vez en el interior, no tuvo dificultades. Conocía aquella casa como la suya propia. A oscuras, pues, se dirigió hacia el despacho de Heywood.

Se metió dentro y encendió la luz, comprobando previamente que las cortinas del ventanal estaban corridas.

Luego miró hacia dónde Heywood tenía empotrada su caja de caudales.

Y Gilchrist sintió que su cráneo calvo se inundaba de sudor, al igual que la frente, el cuello.

Pero... ¿qué había ocurrido allí?

La caja estaba abierta, parecía forzada... Se precipitó hacia ella y...

—No es posible... ¡Nada!

Sólo dinero. No habían tocado el dinero, pero allí no estaba el paquete de acciones de Heywood, ni un resguardo bancario, ni documento alguno que mencionara tales acciones...

¿Y qué diablos significaba la caja abierta? No podía ser un descuido de John...

Comprendió, por fin, que perdía el tiempo y que era peligroso seguir allí. Por tanto, sudando de ira, apretando los puños, aún realizó un rápido registro en el resto de las habitaciones, con idéntico resultado nulo.

Una idea había penetrado, afilada, dañina, en el cerebro de Gilchrist: habían asesinado a Elmer y nadie sabía nada de sus acciones. Parecían haber robado las de John... ¿Por qué no pensar

que alguien estaba aprovechando su ausencia para...? ¡Maldita suerte...!

Puso el coche en marcha y apretó el acelerador. Tenía que regresar cuanto antes a su «cottage» y comprobar que todo seguía en orden en su caja fuerte.

Fue cuestión de quince minutos. Impaciente, nervioso, introdujo el coche en el garaje del «cottage» y se precipitó hacia la puerta. Abrió con su propia llave y penetró en el vestíbulo. Un criado le salió al paso y le dijo:

—El inspector Drake, del
F. B. I.,
le está aguardando, *Mr.* Gilchrist.

—¿El inspector Drake?

—Sí, señor. Ha llegado hace unos minutos.

—¡Oh!, está bien...

—Está en el despacho.

El rostro de Gilchrist perdió el color.

—¿Le has dejado solo, imbécil? —masculló.

—Señor, yo...

Gilchrist se precipitó hacia la puerta. Abrió e inmediatamente vio a Daniel sentado en un sillón, tranquilo, fumando un cigarrillo. Los dos hombres se miraron a los ojos, destacando la extraña expresión de la mirada de Gilchrist, quien se volvió hacia el criado y dijo:

—Está bien. Puedes irte.

Y penetró en el despacho.

Se acercó a Daniel, procurando mostrarse tranquilo.

—Está bien, Norton —dijo—. ¿Qué significa esto?

—No, no, Gilchrist, no me llamo Norton. Mi nombre es Daniel Drake, inspector del
F. B. I.

Lo demás está explicado rápidamente: Elmer temía que le mataran y montó la farsa para que yo pudiera protegerle sin que el asesino sospechara de mí. Como ve, no sirvió de nada. Ahora, puesto en claro tal extremo, vayamos a otros asuntos.

Muy pálido, con el cráneo brillante, Gilchrist gruñó:

—Nada tengo que decir.

Daniel, entonces, se incorporó.

Miró con fijeza a Gilchrist.

Y, de súbito, le asestó un durísimo puñetazo al estómago, que encogió al tipo, cuya boca estaba muy abierta. Luego le pegó en la frente, tirándole contra un sillón, que osciló peligrosamente, quedando, al fin, en equilibrio.

Daniel se acercó a él y le atrapó por las solapas del abrigo, incorporándole.

—Escuche esto, Gilchrist: usted es excesivamente violento. No se puede ir por el mundo golpeando a damas recién viudas y a abogados indefensos.

¿Comprende? Si le parece, si tiene deseos de desahogarse por algo, hágalo conmigo.

—Oiga, yo...

Le soltó, le pegó otra vez en el estómago y Gilchrist soltó un gemido.

De un leve empujón, Daniel sentó al tipo en el sillón. Y gruñó:

—Empiece.

Gilchrist aún no podía respirar. Meneó la cabeza.

—Si... si cree que yo maté a Elmer... —jadeó.

—No voy a interrogarle sobre ese crimen, Gilchrist. Tampoco sobre el asesinato de Heywood.

Gilchrist miró vivamente a Daniel.

—¿Qué diablos está diciendo? —graznó.

—No lo sabía, de acuerdo. Como ve, la situación es peligrosa para cierto propietario de determinadas acciones. Hablando claro, Gilchrist, quiero que me cuente esa historia. ¿Comprende? Usted no ha matado a Elmer ni a Heywood. Éste, por su parte, no mató a Elmer. En cuanto a mi hermano, fue el primero en morir. Por tanto, aparte de ustedes tres, alguien interviene de un modo... Ya lo ve, ¿no? Juega con la muerte como si nada. Ahora entienda esto, Gilchrist: yo quiero protegerle. Quizá merezca morir, pero mi obligación es protegerle. Claro que de su explicación pueden derivarse para usted algunos males..., pero siempre menores que la muerte.

Gilchrist estaba asustado.

—Yo no sé qué está ocurriendo...

—Eso lo averiguaremos luego, Gilchrist. Explíqueme lo que le he pedido.

Gilchrist pegó los labios.

—Comprendo que le resulte difícil. Fue un asunto muy feo, ¿no?
—dijo Daniel.

—Lo fue, sí... —musitó aquel hombre.

—¿Asesinaron a Callejas?

Gilchrist le miró fijamente.

—¿Lo... lo saben? —susurró.

—Ahora puedo afirmarlo. Hasta el momento sólo se sospechaba.
Mataron a Callejas y le arruinaron. ¿Es eso?

—Sí...

—¿Quién le mató?

—Elmer.

—Ya...

—Y John y yo. No se puede culpar sólo a Elmer —confesó aquel hombre.

—De acuerdo. ¿Qué más?

—Está casi todo explicado... Les hicimos mucho daño a aquella gente... Luego, regresamos a Estados Unidos, con el control absoluto de la firma. Claro está, esas acciones constituían un peligro y Elmer fue quien ideó el sistema de deshacerse de ellas, consiguiendo bastante a cambio.

—Se refiere, es claro, al juego de ceder las acciones a la United Fruits, para conseguir un cargo en el Consejo. Como porvenir decente es, sin duda, muy estimable; pero, por otra parte, implicaba ciertos peligros; la United podía haber hecho averiguaciones sobre esa firma a la que usted echaron la garra.

—No creo que se hubieran molestado —gruñó Gilchrist.

—Yo opino de distinto modo, pero vayamos a lo que importa. A ustedes les interesaba deshacerse de esas acciones. ¿Por qué? No teniendo relación con el Gobierno guatemalteco...

—Había algo de eso... De todos modos, lo cierto es que nuestro miedo no obedecía a los intereses que el Gobierno de Guatemala pudiera tener en esas acciones. Nosotros temíamos..., lo... lo que hicimos con los Callejas...

Daniel achicó los ojos.

Miraba con mucha fijeza a Gilchrist.

—Entonces, lo mismo Elmer, que Heywood y usted han estado, seguramente, temiendo una venganza de los Callejas —dijo.

—Sí... Eso es.

—Y se trasladaron a Nueva York, considerándose más seguros. Además, esas acciones quemaban sus manos aquí. La firma cuyas acciones robaron ustedes trabaja con normalidad, pero nunca lo hubieran hecho bajo el control de ustedes; por tanto, aquí, en manos de ustedes, las acciones no valían nada.

—Nada, claro... Pero cambiaba mucho la cosa depositándolas en la «United Fruits». Ésta hubiese absorbido a la firma de los Callejas, con el beneficio consiguiente. Por nuestra parte, hubiéramos arrancado buen rendimiento a las acciones.

—Ya... Y todo rápido, inteligentemente realizado por Elmer. Usted se ha estado molestando inútilmente, y ha pegado inútilmente a Francis: mi hermano ya cedió sus acciones a la «United». Bien, vayamos a lo otro. Es posible que todo esto obedezca a la venganza de los Callejas, Gilchrist.

El tipo tragó saliva.

—No sé...

—Es casi seguro —murmuró Daniel, pensativo.

Gilchrist se pasó una mano por la sudorosa frente. La retiró pegajosa, pringada.

De súbito, se incorporó.

—Claro..., claro que sí —murmuró, agitado—. Después de todo es, lo que estábamos temiendo... Han matado ya a Elmer, a John..., y yo no quiero ser el tercero de la lista... Mire, inspector, voy a entregarle esas acciones. Luego, confieso y firmo lo que usted quiera, y me meten en la cárcel. Eso es... Pero yo no quiero morir... No, no... Por nada. Moriría por nada, eso es... Al diablo con esos papeluchos. No sirven para nada en mis manos ahora... Sólo el peligro de muerte.

Jadeaba.

Daniel le miraba con claro desprecio.

—Es una gran idea, Gilchrist —dijo—. Devuelva las acciones, y métase en la cárcel.

—Sí, sí...

—¿Y quién le va a detener?

—¿Cómo que...?

N-no

habla en serio...

—Me interesa libre, Gilchrist. Como cebo.

—¡Como cebo! No, no...

Se había precipitado hacia la caja fuerte, marcó la combinación con el dial y abrió.

Introdujo la mano en el interior.

Un gemido escapó de su garganta.

—N-no..., no están... ¡No están!

Exasperado, lo removi6 todo, inútilmente.

Por su parte, Daniel, entornados los ojos, reflexionaba sobre todo aquello. Como primera medida, era urgente realizar averiguaciones sobre los Callejas, quienes, probablemente, tras asesinar a Elmer y a Heywood, tenían ya las dos terceras partes de las acciones.

—Han estado aquí..., han estado aquí... —gemía Gilchrist.

IX

DANIEL asentía con la cabeza. Gilchrist parecía incapaz de llegar a alguna otra conclusión inteligente. Estaba completamente acobardado. Y quizá en aquellos momentos el extraño brindis de Elmer Drake no le parecía una broma graciosa. Él había sido el único en reír, muy satisfecho de su sentido del humor. Pero ya no. Aquello no tenía la menor gracia.

Pero podía salvarse. ¿Acaso no estaba allí la Policía?

—Haga algo —susurró Gilchrist—. Condúzcame a la Delegación. Yo no quiero estar aquí...

—Cálmese, Gilchrist.

—Usted tiene que detenerme... ¿No lo oye? ¡Usted tiene que detenerme! No estará pensando dejarme solo aquí, ¿eh?

—No crea, Gilchrist... Había llegado a pensarlo.

—¡No lo hará! ¡No puede hacerlo...!

Se abalanzó contra Daniel, y éste tuvo que asestarle una terrible bofetada.

Pero Gilchrist no cedió aquella vez. Si el policía no quería detenerle, era capaz de matarlo y huir luego. El maldito no le dejaba escapar, ni le llevaba detenido. Tal vez decidiera dejarle a merced de los Callejas o de quien fuese. Pues no. Le pegaría, le mordería, lo que fuese, pero tenía que conducirlo a un calabozo.

Y animado por la idea, se abalanzó contra Daniel, golpeándole en el pecho con los dos puños; luego, alzó ambos, alcanzándole en la barbilla. Daniel, ligeramente sorprendido más que otra cosa, detuvo un nuevo golpe y descargó un seco trallazo contra el rostro del tipo, obligándole a retroceder, manoteando. Le siguió, asestándole dos nuevos puñetazos, hígado y barbilla, lanzando a Gilchrist contra el ventanal.

La humanidad de Gilchrist chocó contra los cristales.

Bombeó la cortina hacia afuera.

Quedó perfectamente enmarcado, con medio cuerpo casi fuera del ventanal, a través de los cristales rotos y con la cortina como capa. Iba a incorporarse cuando, de súbito, su cuerpo sufrió un violento estremecimiento. Casi se desorbitaron sus ojos; se abrió mucho su boca. Luego, un nuevo espasmo de dolor y, ante la atónita mirada de Daniel, el tipo resbaló ligeramente, hasta quedar en extraña postura, sostenido por la nuca en el marco de la ventana.

Daniel se precipitó hacia él, con una idea en su mente: los cristales destrozados.

Se inclinó para librar a Gilchrist de aquella postura.

No valía la pena, en realidad, porque Gilchrist estaba muerto. La fijeza de sus ojos, su inmovilidad, no mentía.

De todos modos...

Le deslizó hasta el suelo y le volvió de espaldas, sudoroso. Se le habrían clavado algunas aristas, y...

No.

Nada de aristas. Nada de cristales.

Aquella vez, fue Daniel quien sintió un escalofrío.

La empuñadura de un cuchillo asomaba justo en mitad de la espalda de Gilchrist. Además, tenía otra herida, en la parte derecha, causada por el mismo cuchillo. Una muerte terriblemente sorprendente. Dos cuchilladas mortales...

Entonces, Daniel volvió a la realidad.

Miró hacia la cortina y vio los dos agujeros producidos por el cuchillo. El asesino debió espiarles, y se encontró con una estupenda oportunidad, magníficamente aprovechada. Dios...

Daniel sudaba de veras.

Pero ya no había por qué perder más tiempo. Ni siquiera el que necesitaba para salir al exterior por la puerta. Lo que hizo fue descorrer la cortina y saltar al jardín, encogiéndose para esquivar un posible plomo. No ocurrió nada, y empezó a orientarse. Corrió, paralelo a los setos, buscando alguna señal de movimiento.

Y la vio.

¡La sombra!

Era una figura vestida completamente de oscuro, aunque no tan ágil como sospechaba Daniel. Y, por supuesto, tampoco era un

hombrecillo. Se trataba de un hombre de una estatura similar a la del propio Daniel, y corría hacia la acera; se encaramó por la verja de hierro, saltó a la avenida y corrió en dirección al coche aparcado a escasa distancia.

Un poco sorprendido, sin querer pensar en aquellos momentos, Daniel le siguió, corriendo con todas sus fuerzas; saltó la verja, avenida abajo, sin perderle de vista.

Había circulación en Morningside. Los coches, de cuando en cuando, derramaban las luces de sus faros por la calzada, deshilachando la niebla.

La sombra se había metido en el coche, y ya zumbaba el motor.

Entonces, Daniel se detuvo. Durante dos segundos apuntó cuidadosamente y luego disparó. Hizo blanco en una de las ruedas, y el coche, con un chirrido, se desvió hacia la derecha, con el peligro de estrellarse contra un árbol. No obstante, el conductor consiguió frenar a tiempo. Mientras, Daniel ya corría hacia allí.

El tipo había saltado del coche y, protegido por éste, empezó a disparar contra Daniel.

Completamente tranquilo, pensando que no podía fallar, Daniel había disparado dos veces contra la portezuela del coche, que se abría, y supo que había alcanzado a aquel hombre. Avanzó, buscando la protección de uno de los árboles de la acera, y observó un brillo extraño en el morro del motor.

Era sangre... La sangre de aquel tipo.

Luego, vio un brazo, agarrado desesperadamente a aquel morro. Vio alzarse una cabeza, un cuerpo.

Tiró.

Inmediatamente, desapareció aquel cuerpo.

Un instante después, Daniel, cuando ya en la calle sonaban los silbatos de los agentes y un coche-patrulla zumbaba por lo alto de la avenida, estaba junto a aquel hombre tendido en el suelo, pegado a las ruedas delanteras del coche.

Lo primero que hizo fue volverle de cara.

Le examinó unos instantes, en absoluto silencio, sin importarle las pisadas de los agentes que se acercaban. También el coche-patrulla había frenado, y sus hombres saltaban al exterior.

Daniel se incorporó y mostró su identificación.

—Inspector Drake, del

F. B. I.

—gruñó.

—¿Qué ha ocurrido, señor?

—Avisen inmediatamente al agente Harvey y a una ambulancia. Hay otro muerto en el setecientos sesenta de la avenida.

—Sí, señor.

Ya había terminado todo. El lugar había quedado tranquilo, después de que la Policía y la ambulancia habían cumplido su misión. Un tanto cansadamente, Daniel había caminado hacia la verja de hierro, con Harvey junto a él. Dejaron atrás la verja de hierro.

Harvey suspiró:

—Ha sido un buen trabajo, señor.

—Sí...

—No parece muy satisfecho. ¿Qué le ocurre? Después de lo que me ha explicado, el caso está resuelto. El asesino ha sido identificado como Herminio Callejas. Quiso vengarse... y lo consiguió, es cierto. ¡Qué tipo...! ¡Qué manera de matar...! Los Callejas se han vengado, y habrá que abrir una investigación para solucionar lo de las acciones de esa firma. Claro que eso ya no es cosa nuestra. El asunto pasa a jurisdicción de un juzgado.

—Sé todo eso, Harvey.

—Ya... Bueno, usted, después de todo, sólo se equivocó una vez: me refiero a lo del hombrecillo.

—Sí, sí..., una vez —gruñó Daniel.

Harvey miró de soslayo al inspector Drake.

Los dos hombres caminaban hacia el coche del inspector, aparcado en una esquina. Caminaban lentamente.

—Creo que le ocurre algo, señor —musitó Harvey.

—No...

—Le entiendo. Su hermano...

—Deja eso, Harvey. Después de todo, hizo algo bueno. Presintiendo que no iba a escapar a la venganza de los Callejas, me metió de lleno entre esos «gangsters». Elmer, Heywood y Gilchrist... ¿No te parece que, en realidad, y a ese respecto, debemos sentirnos satisfechos? Ha sido caza mayor..., a cargo de los Callejas.

—Y Herminio Callejas ha pagado también sus crímenes.

—Muy cierto...

—Parece que lo lamenta, señor.

Daniel, sin expresión alguna en el rostro, miró a Harvey.

—Perdone, señor... He dicho una tontería. Usted no puede lamentar haber atrapado al asesino de su hermano...

—No pensaba en eso, Harvey. Es curioso..., porque yo también creo que lo lamento...

—Diablos...

—Bueno, vete a la Delegación, Harvey. Hay que trabajar aún con esto. Tenemos que recuperar la totalidad de las acciones, aunque haya que obligar como sea a la «United Fruits»..., que es como una araña... Eso no me importa. Se requiere, para archivar y dar por finalizado el caso, entregar a un tribunal todos los antecedentes del mismo. Bueno, ya sabes todo eso, Harvey. A trabajar.

—¿Y... usted, señor?

—Yo pasearé un poco. Se me han desordenado algo las ideas.

Harvey le miró, sin poder disimular su incredulidad.

¿Al inspector Drake se le confundían las ideas...? Imposible...

Pero tenía que obedecer. Se marchó, cuando ya el inspector se metía en su coche, frente al volante.

Daniel puso el vehículo en marcha casi con ira. Había algo que no podía olvidar, un rostro. El de Herminio Callejas.

Un rostro de piel atezada; un rostro que debió ser agradable en vida. Y unas pupilas negras que la muerte había dejado abiertas. Y..., y otras muchas cosas. No podía olvidar nada. Y... era tan deprimente... ¿Deprimente? Era triste, muy triste. Era como para largarse con el coche a un punto indefinido, perderse y dedicarse a pensar, a añorar, el resto de sus días.

No lo hizo.

Siempre hay algo superior al «yo».

De modo que, sin dificultades, Daniel Drake se dirigió hacia el apartamento donde le esperaba Vivían.

—¿A qué iba? ¿Por qué?

Ni siquiera había tratado de profundizar para llegar a una conclusión, pese a todas las circunstancias que rodeaban a Vivían. La quería. ¿Qué más podía pensar o sentir? La quería, sencillamente, porque Vivían era una de las mujeres a las que se ama de verdad. Oh..., ¿hasta qué punto sabía eso Gilchrist?

Cualquiera sabía... ¿Y hasta qué punto se había dejado Vivían amar por Gilchrist? No, no... Tonterías. Vivían era un bombón en las pezuñas de un elefante. El elefante podía despachurrarlo, pero no saborearlo...

Claro que no.

Ya estaba.

980 de Madison.

Aparcó el coche, y poco después estaba en el ascensor, hacia la décima planta, según rezaba en la tarjeta. Vivían Lañe.

Pulsó el zumbador y esperó. Sabía que ella estaba despierta; que le aguardaba. Y, sí, así era. Oyó rumor de pasos, y la propia Vivian abrió la puerta. Con una sonrisa de bienvenida dulce, plena de amor, sin disimulos. ¿Para qué disimulos? Amor, desesperanza... Casi como la muerte.

—Sterling... —susurró la joven.

—Llego tarde...

—No importa. Estás aquí. Entra.

Daniel sintió un durísimo nudo en la garganta.

Penetró en el vestíbulo del apartamento. Era reducido, pero con cierto lujo; con cierta clase que, indudablemente, no provenía de las paredes, sino de la propia Vivian. Y ésta observaba la mirada de Daniel a los cuadros, a la decoración, al mobiliario.

—Todo esto lo pagaba yo, Daniel —musitó la joven.

El hombre se volvió hacia ella.

La miraba a los ojos. Con tristeza, con rabia.

—¿Daniel? —musitó.

—Sí. Yo... lo averigüé...

—Bien..., nos ahorramos explicaciones, ¿no?

—Si tú quieres, sí.

Daniel la miró con mayor atención. Ella estaba decentemente vestida, aunque sin disimular nada. Ni el jersey, ni los pantalones rojos podían disimular gran cosa. Y era algo restallante, con su cabellera oscura, sus ojos negríssimos, sus labios rojos, su mirada de ensueño y miedo...

—¿Vas a llorar, Vivían?

—No, no... Pasa. Te esperaba con una botella de champaña. Luego..., que sea lo que Dios quiera.

—Vivían... ¿Por qué? ¡¿Por qué?!

—Cálmate, Daniel. ¿Quieres?

—Sí... Sí, desde luego.

—Ven conmigo.

Le tendió la mano, y él la tomó.

Vivían le guió hasta la salita, donde todo estaba dispuesto para pasar una velada agradable. Siempre, o casi siempre, es agradable el amor... Casi.

—Siéntate, Daniel.

Lo hizo. Estaba aturdido. En aquellos momentos, sólo era capaz de mirar a Vivían ansiosamente. Y ella, inmóvil, en pie aún, no podía contener las lágrimas. Ni siquiera eran necesarias palabras para comprenderse.

—No..., no debería llorar, ¿verdad? —musitó la joven.

—No, Vivian.

—Daniel... ¿me guardas rencor?

—No lo sé... Ojalá supiera lo que siento.

—Ya... ¿Bebemos?

—Sí. Sí, Vivían. Por primera vez en mi vida, quiero aturdirme un poco. No soy cobarde, pero esto es superior a mis fuerzas. No han debido ocurrir así las cosas. Vivian..., hay algo que ignoras.

—¿Qué es ello, amor?

—Yo..., yo he matado...

—Luego, Daniel.

—¿No quieres oírme?

—Luego, Daniel. Tengo mucho miedo...

—Por Dios, no llores...

—Claro que no.

¡Tap!

El champaña.

Vivian apenas podía contener el temblor de su mano, mientras escanciaba el líquido en las copas. Luego tendió la correspondiente a Daniel, quien tragó saliva con dificultad. Se miraron a los ojos fijamente. Y todo estaba dicho. Algo se quebró definitivamente en el interior de ambos.

—Bebamos, Daniel —fue el sencillo brindis.

Y bebieron.

—Ya..., ya puedes hablar —musitó la joven.

Daniel cerró los ojos.

¿Aquello era la vida?

La destrucción de todo... ¿Aquello era la vida?!

—Daniel...

—Sí, sí, Vivían. Yo... he matado a tu hermano. A Herminio Callejas.

Silencio.

Lágrimas.

Sólo lágrimas.

—Vivian, explícamelo todo —musitó Daniel.

—¿Vale la pena? —susurró ella.

—Sí.

—¿Qué vas a hacer conmigo, Daniel? ¿Has venido a detenerme?

—No lo sé. ¿Qué puedo hacer?

—Cierto... Lo único, por el momento, escucharme. ¿No? Daniel... ahora sé que me quieres. Es cruel. Muy cruel, porque yo te amo con todas mis fuerzas. Y... estamos tan lejos ahora... Lejos para siempre. Tú tienes razón: no han debido ocurrir así las cosas. Ni yo debí moverme de Guatemala. Venganza... ¿A qué conduce la venganza, sino a la mayor de las amarguras? Yo... es lo único que siento en estos momentos: una infinita amargura.

—Siéntate, ¿quieres?

—Sí. Me llamo Bibiana Callejas...

—Lo adiviné —musitó Daniel.

—¿Sabes lo que ocurrió en Guatemala?

—Mi hermano y otros dos sujetos asesinaron a tu padre, y os arruinaron.

—Y algo más: Elmer Drake, antes de matar a mi padre, destruyó un matrimonio casi perfecto. ¿Comprendes? Mi madre..., no sé por qué, no supo oponer resistencia... No sé si se enamoró de Elmer Drake. No lo sé, ni me importa. Pero... por ahí empezó todo. Mi madre, a sus cuarenta años, aún era hermosa, cierto, pero... Oh, Daniel...

—Ahorra eso —dijo, palidísimo, roncamente, Daniel.

—Es mejor, sí... Empezaré, pues, por decirte que yo estudiaba en la capital, con mi hermano. Cuando las noticias llegaron a nosotros, fue tarde. No sé si te sentirás incapaz de comprender nuestra desolación al saberlo todo. Arruinados, con el nombre lleno de barro, con nuestra madre hundida en la desesperación...

Arruinada moralmente. Herminio se volvía loco...

—Entiendo, Bibiana.

—No sé... Fue una locura lo que pusimos en práctica: nuestro plan de venganza. No pensamos jamás en las consecuencias, sino en recuperar lo nuestro, ¿comprendes? Herminio y yo nos trasladamos a Estados Unidos y tardamos un tiempo en localizar a esos tres hombres. Elmer estaba casado; John tenía a su pelirroja. De modo que yo decidí permanecer junto a James Gilchrist.

Y los ojos de la joven perdieron brillo, juventud.

Aquella mirada un tanto dura y avejentada, como la que mostró en la base de la enredadera de la mansión de Elmer, volvió a los ojos de Bibiana.

—Al principio, lo consideraba todo inútil. Me sacrificaba en cierto modo, sólo en cierto modo, con Gilchrist, sin llegar a nada concreto. Hasta que, de un modo lento, pero eficaz, me fui introduciendo en las cosas de Gilchrist y me enteré de un modo concreto de la realidad del asunto. Supe cómo operaban, cómo tenían distribuidas las acciones y qué esperaban conseguir. Y... ya no tuvimos más remedio que actuar, Daniel.

—Porque Elmer quería deshacerse de esas acciones, ¿no? Y ese capital, absorbido por la «United Fruits», se escapaba irremisiblemente de vuestras manos.

—Sí... Incluso yo supe que Elmer ya lo había conseguido. Por eso actuamos precipitadamente, para evitar un acuerdo con los otros dos. Empezamos por Elmer, de modo que todo pareciese cosa de hampones de guante blanco. ¿Sabes que Elmer se burlaba de Heywood por el hecho de tener poder sobre él para decidir en qué negocios debía intervenir y en cuáles no Heywood?

—Comprendo. Heywood no tomaba represalias por el hecho de que peligraba su participación en el asunto de la «United».

—Así es. Y yo aproveché la circunstancia para hacer las cosas de modo que Heywood apareciese como culpable de la muerte de Elmer. Ya te conocía, pero... El amor llegó luego, Daniel.

—Por favor. Vivían.

—Así ocurrieron las cosas, Daniel. Yo preparé los atentados contra Elmer, sin ánimo de matarle. Fallamos a propósito, yo con el coche y Herminio a dos yardas de Elmer. Queríamos aterrorizarle primero, y que el propio Elmer aterrorizara a los otros. En cierto

modo, conseguimos algo. Aquella noche..., Herminio le llamó por teléfono, y yo..., yo soy el hombrecillo al que aludiste bajo la ventana de la cocina. Yo maté a Elmer.

Daniel cerró los ojos.

Qué raro... Sólo sentía deseos de descansar...

—Lo adiviné al ver a Herminio —musitó.

—Lo comprendo. Luego, fui en busca de Heywood y le maté también. Me apoderé de las acciones. En cuanto a lo de Gilchrist, fue más fácil aprovechar una oportunidad para robarle «nuestras» acciones que para matarle. Dime, Daniel, ¿lo consiguió Herminio?

Daniel asintió lentamente con la cabeza.

—Sí... Lo hizo —murmuró.

¡Qué manera de pesarle los párpados...!

—La situación, por tanto, es la siguiente: en mi poder obra el sesenta por ciento de las acciones de la firma. Y... todo ha concluido. ¿Qué piensas hacer ahora, Daniel?

—¿Ahora...? No sé... Vivían..., ¿por qué lo hicisteis? ¿Por qué no dejar que investigara y resolviera la Ley?

Vivían miró a Daniel. Apenas podía abrir los ojos.

La joven se acercó al sillón que ocupaba Daniel y se sentó en un brazo del mueble. Acarició los cabellos revueltos y algo húmedos del policía.

—¿Por qué? Es sencillo, amor... Legalmente, hubiera sido casi imposible recuperar lo nuestro. Claro que el precio ha sido..., ha sido espantosamente cruel... Legalmente, no podíamos hacer nada, dada la jugada proyectada por Elmer. La «United Fruits» no tolera interferencias; tiene demasiado poder. Y Herminio y yo no podíamos admitir tampoco nuestra ruina... ¿Comprendes, cariño? Teníamos que actuar de un modo rápido y eficaz, en cuanto supimos lo que pretendía Elmer. Él fue el causante de todo... Y aún le maté dulcemente... Dulcemente, Daniel, ¿no me oyes?

—S-sí...

—De haberte conocido antes a ti, es posible que no hubiese ocurrido nada de todo esto... ¿Recuerdas mi primer beso?

—Claro, querida...

—Yo... palpé tu axila izquierda. Tropecé con tu arma, y decidí investigarte.

—Ya...

—Después, te sorprendí en el jardín. La segunda vez, ya muerto Elmer. Es decir: me sorprendiste tú a mí. Yo, precisamente, estaba tratando de borrar mis huellas. Y... llegaste tú. Tuve mucho miedo de que adivinaras la verdad, amor... Tanto miedo... Y hoy, lógicamente, ya deberíamos estar lejos de aquí Herminio y yo. Muy lejos... Pero James Gilchrist se resistía a morir...

—Vivían...

—Sí, Daniel.

—No..., no veo...

—No te preocupes. Es sólo sueño.

—Pero...

—Por favor, Daniel, descansa.

—S-sí...

Imposible levantar los párpados. Claro... Vivían le había narcotizado...

—¿Qué..., qué vas a hacer, Vivian?

—Huir. Huir de aquí.

—Pero los crímenes...

—No te preocupes, Daniel. Duerme, mi vida.

—Sí...

Ya no podía más. La copa de champaña, que milagrosamente había sostenido entre sus dedos, se escapó, chocando contra la alfombra, sin sufrir deterioro alguno.

Tenía los ojos cerrados y respiraba rítmicamente, sin el menor esfuerzo. Vivian, aún sentada en el brazo del sillón, le miraba fijamente, tratando de evitar que las lágrimas llenaran sus ojos. Tendría que irse sola..., dejando atrás lo mejor de su vida.

Miró la boca de Daniel.

Acercó lentamente sus labios.

Le besó, despacio.

—Nunca lo sabrás, Daniel... Te quiero tanto...

Luego, se mordió los labios.

—Yo..., ¿sabes?, voy a huir ahora a mi país. Y allí me entregaré a la Policía. Compréndelo, querido. Prefiero que me juzguen desde el punto de vista de mi país. Tú eres un hombre perfectamente honrado, lo sé, lo he descubierto. Por eso te quiero. Pero... yo también lo soy. Pero tengo miedo, y prefiero que las cosas ocurran en mi país. Y debo consolar a mi madre. Perdóname, Daniel, pero

debo hacer las cosas así. Y..., y te ahorro el dolor de detenerme tú mismo... ¿No?

Las lágrimas eran ya incontenibles.

Empezó a incorporarse.

Aún besó otra vez a Daniel.

—Tú no eres culpable. Tú eres el más inocente de todos, Daniel. Tú mereces la felicidad..., y yo, Elmer, Herminio, los otros... Todos te la hemos estropeado. Incluso comprendería que me odiaras algún día. Adiós, Daniel, querido...

Respiró hondo.

Lentamente, abandonó la salita.

Se dirigió hacia el dormitorio y empezó a desnudarse, desprendiéndose de aquellas llamativas prendas, que trocó por un vestido de lana oscuro, discreto. Luego, un abrigo encima, sin tan siquiera mirarse al espejo.

El maletín de viaje, conteniendo su botín de venganza.

Todo tan amargo...

Completamente vestida, con el maletín en la mano, regresó a la salita.

Dejó el maletín en el suelo y se acercó a Daniel Drake. Le contempló largamente. No le olvidaría nunca... Sin embargo, sí deseaba que Daniel la olvidase a ella y fuese feliz.

—¿Sabes?, hay quien tiene más derecho que tu hermano y los otros a esta fortuna, Daniel. Yo... no quiero nada; ya no sé lo que quiero está mejor dicho. Pero mi madre me necesita. Tengo que regresar. Y allá, que sea lo que Dios quiera. Perdóname.

Tomó el maletín.

Retrocedía de espaldas.

Oh..., ¿no iba a dejar nunca de llorar?

Adiós, amor.

Se notaba pesado.

No pesado: estúpido. Incapaz de pensar, de coordinar una sola idea. Lo único que recordaba con alguna claridad era que Vivían, Bibiana Callejas, había huido. Y... que le amaba. Le amaba... Gracias, Elmer. Y gracias a los otros muertos. Gracias por tanta infelicidad... Gracias, sí...

Daniel apretó los puños; no debía seguir así, o se volvería loco.

El

F. B. I.,

de un golpe, arrasaba tres «gangsters». Casi sin hacer nada. ¿Y él?

Saltó de su cama.

Una ducha fría, helada, era lo que necesitaba. Ducha fría, sí, y larga.

Luego pensaría en el informe a redactar sobre la fuga de Bibiana. Le había dejado en ridículo, ciertamente. Pero era mejor así. Habían muerto los que lo merecían y los demás tenían su castigo. El único inocente, él, arrastraba con el peor lastre...

También Bibiana, también...

Salió de la ducha, frotándose con la toalla.

En aquel instante sonaba el teléfono.

Al principio, sintió un poco de miedo. ¿Algo sobre Bibiana...? No..., debía estar ya muy lejos.

Tomó el aparato.

—Drake al habla —rezongó.

—Le habla el abogado Palmer. Si no le molesta...

—¿Va a hablarme del testamento?

—Bien, sí...

—Ahórrese molestias. Los bienes de Elmer Drake serán confiscados. Como los de Heywood y Gilchrist.

—Entonces, yo...

—Usted, señor Palmer, con su testamento, comparecerá cuando sea citado.

—Oiga, inspector, le juro que la transacción de las acciones...

—No ha de explicarme nada a mí, señor Palmer. Hasta pronto.

Y colgó, asqueado.

Empezaba a vestirse, cuando alguien llamaba a su puerta. Apretó los dientes.

¿Quién diablos llamaba?

Terminó de vestirse y fue a abrir.

Parpadeó, sorprendido.

—Francis...

—Hola, Daniel.

Era ella, discreta, bonita, con la amargura en sus verdes pupilas.

—Pasa, Francis... Vamos, entra.

—Gracias.

Francis penetró en el vestíbulo.

Parecía bastante tímida. Y muy bonita, dulce, casi como Vivían. Otra víctima, en realidad. Una más. Elmer había hecho demasiado daño, sin duda.

Llegaron a la salita.

—¿Me necesitas, Francis? —inquirió el federal.

—Yo... quería despedirme de ti.

Daniel, un tanto sorprendido, la miró a los ojos.

—¿Te vas, Francis? —musitó.

—Sí. Regreso a Wendover, Utah. Nací allí..., y alguien se alegrará mucho de volver a verme. Me refiero a mi madre, es claro...

—Vaya..., me parece estupendo, Francis. Pero...

—¿Vas a referirte a la herencia? Pues no quiero nada, Daniel. Absolutamente nada. No me parece delicado. No sé... No quiero nada, y es todo.

Daniel sonrió levemente, un poco triste.

—Bonita decisión, Francis —musitó.

¿Para qué decirle que carecía de valor real, dado que todo lo de Elmer pasaría a manos de un tribunal competente? Era un gesto que merecía simpatía, y ese silencio.

—Y eso es todo, Daniel...

—Mucha suerte, Francis.

—Gracias. Daniel...

—¿Sí?

—Si algún día pasas por allí...

—Descuida. Todo es posible. Adiós, Francis.

Se besaron, muy suave y levemente. Una despedida corta, sincera, sin aspavientos. Una despedida triste.

Daniel cerró la puerta, ya a solas.

Elmer había tenido el presentimiento de que iba a morir. Y no lo había hecho solo... Tres «gángster» y varios inocentes. Y Elmer, su hermano, el peor de los «gangsters». Deprimente.

¿Querían asesinarle...?

«Okay»: ya estaba muerto.

Los demás, intentarían vivir.



Los archivos de la
policía más famosa del
mundo revelados al
público en una colección
de prestigio internacional

F.B.I.



Un éxito sin precedentes
avalado por 30.000.000
de ejemplares vendidos
en todos los idiomas



Es una publicación de
EDITORIAL ROLLÁN, S. A.

Amaro García, 17 — Madrid-5

PRECIO DE ESTE VOLUMEN
10 Pesetas

FINETOP
C. Barceloneta

